

La mentira y el autoengaño

en la sociedad actual



Miguel Catalán
Carlos Sirvent
Leandro Palacios
Francisco J. Labrador
Ignacio Mendiola
José M^a Mtnez. Selva
M^a Villa Moral
Julio Llamazares



LA MENTIRA Y EL AUTOENGAÑO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Madrid, 7 de Octubre de 2010

ÍNDICE

LA ILUSIÓN Y EL AUTOENGAÑO	2
¿PORQUÉ MIENTEN LOS BORRACHOS CUANDO ESTÁN SOBRIOS?.....	5
MENTIRA Y PSICOTERAPIA” (Y AUTOENGAÑO).....	23
¿ACASO SE PUEDEN DETECTAR LAS MENTIRAS? MITOS Y REALIDADES .	41
ELOGIO Y CRÍTICA DE LA MENTIRA	44
GRANDES MENTIRAS EN TIEMPOS PRESENTES	53
“ENGAÑO Y DESEABILIDAD SOCIAL”	66
EL PLACER DE MENTIR	70

LA ILUSIÓN Y EL AUTOENGAÑO

Miguel CATALÁN
Profesor de Ética de la Comunicación
Universidad Herrera Oría de Valencia

RESUMEN

Miguel Catalán detalla en esta conferencia las diversas técnicas que cada uno de nosotros emplea de ordinario para engañarse a sí mismo: desde el impulso defensivo que nos lleva a transformar las malas noticias en buenas a los sueños de grandeza que nunca compartiríamos con los demás; desde las palabras que embellecen los países exóticos a las distorsiones que idealizan nuestro pasado.

El autoengaño, sea acerca de uno mismo o de la realidad exterior, se puede describir como un atajo mental que resuelve de forma imaginaria las dificultades y reveses de la vida cotidiana. Para hacer frente al sufrimiento o la derrota, filósofos morales antiguos como Aristóteles recomendaron afrontarlas mediante la presencia de ánimo e intentar resolverlas mediante la acción. El fabulista Esopo, sin embargo, describió una alternativa menos costosa en su fábula de la zorra y las uvas: en ocasiones, cuando el sufrimiento o la frustración nos sobrepasan, se cae en la tentación de eludir la difícil tarea de cambiar la realidad y se opta a cambio por la de transfigurarla, valiéndonos de la imaginación, en una realidad psíquica más placentera. Así es como nos forjamos una imagen de nosotros mismos que poco o nada tiene que ver con la imagen que de nosotros tienen los demás; también nos

recreamos en valientes acciones que nunca realizamos en lugar de la apocada acción que sí llevamos a cabo y cuyo recuerdo nos incomoda.

Catalán revisa las diversas formas en que se manifiesta el autoengaño: desde la invención de lo que no existe mediante la conversión de los deseos en creencias (*wishful thinking*) u otras técnicas, incluyendo la del chivo expiatorio, hasta la negación de lo que sí existe (*anosognosia* o negación de la enfermedad, estados de mala fe y otras conformaciones del ‘no querer saber’) y también las ventajas y desventajas psicológicas y pragmáticas del autoengaño: entre las primeras destaca la correlación entre autoengaño y éxito deportivo o autoengaño y ausencia de depresión; entre las segundas, la correlación entre autoengaño e ignorancia (la retroalimentación de la llamada “incompetencia cognitiva” con la incompetencia para reconocer la propia incompetencia: la paradoja socrática según la cual saber que no se sabe es el principio del conocimiento) o el efecto negativo del autoengaño para superar las adicciones: así, los alcohólicos sobrellevan mejor su dependencia creyendo que podrían dejar de beber si quisieran; no obstante, esa ilusión hace que la propia dependencia se prolongue indefinidamente cuando podría haberse solventado mediante un reconocimiento realista de los hechos.

Una de las formas peculiares de autoengaño que nos describe el conferenciante consiste en el ‘prestigio de la lejanía’: presente ya en culturas primitivas donde se han documentados mitos de una Tierra Sin Mal al otro lado de las aguas, pero también entre nosotros en pleno siglo XXI. Cuando la cotidiana realidad que nos circunda se tiene por ingrata o vulgar, podemos dotar por compensación a las épocas y los países lejanos de un aura de belleza, sublimidad o felicidad que son sólo producto de nuestros deseos: la infancia biográfica, pero también mitos históricos como los del buen salvaje, la Edad de Oro, Arcadia o

épocas reales retocadas por nuestra admiración; paraísos vivientes como la Última Thule de la antigüedad, la América del siglo XVI o el Tahití del siglo XVIII que nunca existieron excepto en la imaginación de los europeos. “La ilusión y el autoengaño” muestra también cómo algunos de esos falsos prestigios de lo remoto contribuyen a desacreditar nuestra más próxima realidad.

¿PORQUÉ MIENTEN LOS BORRACHOS CUANDO ESTÁN SOBRIOS?

Carlos Sirvent

Fundación Instituto Spiral
csrsirvent@gmail.com

“Rebobínesse la cinta de la vida y déjese tocar de nuevo. ¿Ofrecerá esta nueva interpretación algo parecido a la historia que conocemos?” (S. Gould)

RESUMEN

Se describe la naturaleza de la mentira asociada al alcoholismo, tanto la puramente psicológica como la psiquiátrica de base orgánica asociada. A efectos prácticos se consideran tres niveles de diferenciación de la mentira: el engaño, el autoengaño y la mixtificación. En lo relativo al autoengaño y la mixtificación del alcohólico primero se muestra su existencia describiendo luego su naturaleza y descripción clínica

INTRODUCCIÓN

Para una mejor comprensión haré una introducción a la mentira y al falseamiento de la realidad del alcoholismo, para proseguir con autoengaño convencional y el patológico, que explicaré con cierta profundidad. También me referiré a la mixtificación como forma de enquistamiento del autoengaño.

Tanto la mentira como autoengaño normal o fisiológico son parte inherente y a veces disonante del sujeto normal, en los que veremos juegan un papel regulador, homeostático si se quiere para salvaguardar la psique del individuo. Según el diccionario de la RAE, engañar es dar a la mentira apariencia de verdad. Inducir a alguien a tener por cierto lo que no lo es, valiéndose de palabras o de obras aparentes y fingidas. En este contexto la palabra “mentira” alude al proceso de congruencia o incongruencia interna según sea la respuesta de un sujeto ante un estado de necesidad

perentoria. Sin embargo, la mentira no es socialmente tolerada, supone una falla comunicativa y relacional definitiva. Quien miente es proscrito y condenado.

En todas las sociedades existe el dicho “todo te lo perdono menos que me mientas”, lo que se podría explicar por la conjunción de la tendencia social a la credulidad ¹ junto a la denominada conformidad social: un sujeto modifica su comportamiento para armonizarlo con el del grupo, poniéndose de manifiesto en situaciones difíciles cuando el sujeto se siente menos competente, lo que significa que tendemos a creer cosas que no vemos y que solo conocemos a través de los demás. La necesidad de predecir la conducta de los otros, de saber lo que piensan, nos lleva a construir hipótesis con poco fundamento que suelen ser fuente de equívoco y engaño.

Paul Ekman, 1996 (1) aludía a los principales sentimientos asociados a la mentira denominándolas “emociones del mentiroso”, como el miedo a las consecuencias, al castigo añadido si se descubre la mentira, al hecho de ser descubierto, a la vergüenza pública, a la reprobación y también a los sentimientos de culpa. Las razones más frecuentes para mentir serían salvar la propia imagen y evitar el deterioro de la reputación.

El análisis exógeno de la mentira (vislumbrada desde *fuera o de fuera adentro*) tiene interés sociológico, ético y moral. La perspectiva moral identifica lo real con lo cierto juzgando de paso la franqueza del interlocutor en función de la mencionada dicotomía veracidad- sinceridad. La componente punitiva está siempre presente. El enfoque sociológico estudia la mentira como un fenómeno comunicativo con el subsiguiente complejo de significados y significantes. El remordimiento moral con el que acompañamos la mentira tiene un origen plausible en los ancestros culturales y en la mitología religiosa.

El análisis endógeno de la mentira (desde *dentro*) tiene interés psicológico y psicopatológico. El significado de mentirse a sí mismo (o auto-engañarse) es un primer paso epistemológico para profundizar en el itinerario que va desde la mentira hasta la mixtificación pasando por el autoengaño.

¹ La sociedad necesita creer lo que un sujeto cuenta para hacer posible la comunicación

El impacto de la mentira en el interlocutor es la absoluta disolución de la imagen de honestidad en un pozo de incredulidad que imposibilita la comunicación. ¿Cómo voy a creer a un embaucador? No hay piedad con el mentiroso compulsivo al que la psiquiatría introduce en la categoría de los sociópatas. Sin embargo a veces sí hay perdón social y hasta profesional con ciertos mentirosos sorteando la adjetivación falsaria para referirnos a *falsificadores de la realidad*, como el fabulador, el delirante, el psicótico, el exagerado. La psiquiatría recurre a conceptos como el lenguajeseudológico, delusivo, metafórico, simbólico, etc. no solo por filiar clínicamente al afectado, sino para salvaguardar la entidad de quien lo profiere por tener menoscabado el raciocinio

Lo peor del dicho “antes se coge al mentiroso que al cojo” es ¿qué hacemos con el mentiroso cuando le atrapamos? Quien se ve en la tesitura de mentir sabe a lo que se arriesga. Sabe que si es descubierto será condenado y su imagen y personalidad quedarán derruidas. El dilema es la fortaleza de dicha necesidad. ¿Tan graves son las circunstancias de un potencial mentiroso como para sacrificar su imagen social? La mentira es, pues, hija de la necesidad. Odiamos la mentira y sin embargo ajustamos nuestras acciones, nuestras respuestas a aquello que anhelamos o precisamos, justificando internamente el embeleco en pro de un bien superior, llámese mentira piadosa o estado de necesidad. Esto en sí no es bueno ni malo. El sarcasmo estriba en que no aplicamos a los demás nuestra autoindulgencia. Automatizamos el engaño si hace falta pero no perdonamos la menor mentira ajena. Trivializamos la propia falacia mientras somos implacables jueces de la mentira y del engaño en los demás.

En definitiva, ¿es la mentira un fenómeno consustancial a la naturaleza humana? ¿Desencadena la mentira unas prácticas habituales en la sociedad actual? Anticipemos que desde una perspectiva psico-sociológica- muchos son los autores que se rebelan contra el maniqueísmo asociado a la mentira. Por ejemplo, David Nyberg (2) afirma que “decir la verdad está moralmente sobrevalorado”. Añade el autor “decir la verdad engañando en la vida ordinaria, estar en contra de todo tipo de engaño es como estar dispuesto a la sinrazón, como odiar a todas las bacterias incluyendo las que hacen el vino y el queso. Toda una vida de relaciones es inconcebible sin el engaño”.

LA MENTIRA PSICOPATOLÓGICA

En la psicopatología clásica se alude a la mentira del enfermo mental como “falsificación” de la realidad. En algunos casos (por ejemplo, la esquizofrenia), la sociedad comprende el trasfondo patológico del delirio o la paranoia y no trata al paciente como a un mentiroso. No obstante, el hecho de que algunos sujetos mantengan un discurso relativamente conservado (como los sociópatas o algunos alcohólicos) provoca que el juicio social sea mucho más severo y se juzguen fabulaciones o delusiones como mentiras

La mentira del alcohólico puede tener una base orgánica, lesiva que se sustancia en los denominados trastornos mnésicos de base orgánica. Andrew Sims (1) diferencia los siguientes procesos:

Deterioro del registro, cuyo principal ejemplo es el palimpsesto o amnesia alcohólica (el llamado black-out alcohólico), donde el paciente ejecuta con relativa normalidad las cosas y al día siguiente no recuerda nada, es un signo relativamente precoz de la dependencia alcohólica.

Fallo en la *apercepción* (capacidad de comprender asociaciones, interpretarlas e interconectarlas e incorporarlas a la experiencia). Es el síntoma por excelencia de la psicosis confusional aguda. También de la amnesia anterógrada subsiguiente a un traumatismo agudo.

Deterioro de la *recuperación* por amnesia diencefálica (Zangwill (1983) del que el más típico ejemplo es el síndrome de Korsakoff alcohólico, caracterizado por amnesia grave, falta de insight, negación de la incapacidad que se sufre y fabulación o falsificación de la memoria que además ocurre con claridad de conciencia.

Otras alteraciones que integraríamos en la psicopatología de la mentira serían los denominados *trastornos afectivos* de la memoria: donde el humor predominante da como resultado un olvido selectivo y una *falsificación de la realidad*. Los esquizofrénicos son propensos a contar historias que contienen delirios, los pacientes ansiosos cuentan historias ansiosas, los sujetos deprimidos cuentan historias tristes. El

olvido selectivo, sujeto a la influencia del afecto elige qué sensaciones son registradas y cuales retenidas y por cuanto tiempo. La falsificación se produce debida a esta interacción, al igual que ciertos acontecimientos catastróficos que disminuyen la autoestima².

La memoria tiende a eliminar y distorsionar con el tiempo los acontecimientos dolorosos y vergonzantes, quizá a través de los mecanismos de defensa afectivos que operan aliviando al sujeto. Por el contrario, los círculos viciosos que perpetúan los recuerdos negativos actúan según la teoría de la red asociativa (Teasdale, 1983(4) como cambios en la accesibilidad de los recuerdos, los acontecimientos actuales y los síntomas que alcanzan la conciencia, lo que causa interpretaciones negativas a nivel cognitivo que son selectivamente recordadas, por ejemplo las experiencias más tristes y lo peor de los acontecimientos neutros en un depresivo. La mentira del psicótico, incluso la del sociópata puede relativizarse pero se consideran los contenidos metafóricos o subyacentes, el lenguaje no verbal, etc. Y sobre todo no se juzga porque esencialmente no es una mentira sino un lenguaje delirante en el que no hay intención de faltar a la verdad. El psicótico no miente porque se relaciona en un plano delirante, en un eje comunicativo distinto que no ofende. Pero el alcohólico suministra información espuria en el mismo plano comunicativo que el interlocutor, al igual que un paranoico lo es no porque sea más o menos real lo que afirme, sino por la sistematización delirante de su pensamiento: Por ejemplo, un celotípico puede tener un fondo de razón pero su interpretación es delirante sistemáticamente.

¿Tiene sustrato *biológico* la mentira? Algunos autores así lo afirman y no solo la mentira patológica sino la *normal* ha sido estudiada con técnicas de neuroimagen con los siguientes resultados: cuando un sujeto normal miente hay activación bilateral de la corteza prefrontal. Los mentirosos patológicos mostraron un aumento del 25% materia blanca prefrontal y una reducción del 40% en el cociente materia gris/blanca prefrontal (Yaling Yang y Adrian Raine, 2005 (5).

Otro estudio de los anteriores autores (6) empleando imágenes de resonancia magnética sirvió para comparar las estructuras cerebrales en grupos de sujetos:

² Ilustra Sims lo anterior con esta frase de Nietzsche (1899) "la memoria declara que esto lo hice yo. No puedo haber hecho esto dice mi orgullo; y todo está perdido para la memoria"

mentirosos patológicos, antisociales excluyendo la mentira, y sujetos normales. Descubrieron que a mayor magnitud de materia blanca mayor conectividad neuronal lo cual puede facilitar la mentira, ya que es "más difícil que decir la verdad". Además el grupo de mentirosos también tenían un 15% menos de materia gris en la región.

INTRODUCCIÓN AL AUTOENGAÑO

Un error común es creer que el autoengaño consiste en mentirse a si mismo; en realidad es justo lo contrario: la persona que se autoengaña *cree* lo que dice, no es consciente del mismo aunque quienes le rodeen se lo señalen repetidamente

La mentira es un engaño consciente. Requiere un esfuerzo de construcción que desgasta e incomoda al autor. El mentiroso necesita mecanismos que hagan más fácil memorizar datos y reconstruirlos consistentemente para dar verosimilitud al fraude. Aquí entra el autoengaño. Antes de engañar a los demás el sujeto necesita engañarse a sí mismo para hacer más fácil y automático el acto de mentir. Plutarco expresaba que el autoengaño era algo más que la incapacidad para reconocer que no sabemos de muchas cosas, pues –al fin- lo dramático es que no sabemos lo que somos.

El antropólogo alemán Volker Sommer, (7) autor de Elogio de la Mentira, cree que el auto- engaño puede ser incluso un modo de supervivencia. Cita un estudio realizado por el psicólogo Richard Lazarus, de la Universidad de Berkeley que mostró que los pacientes con pensamientos reprimidos sobre una próxima operación, es decir, aquellos que conseguían engañarse a sí mismos olvidando la gravedad de su intervención, sufrieron menos complicaciones postoperatorias que los pacientes que hacían hincapié en los peligros de la cirugía. En un estudio paralelo con 69 pacientes con cáncer de mama, Martin Seligman, de la Universidad de Pennsylvania encontró que cinco años después de la mastectomía, el 75% de las mujeres que había negado su enfermedad todavía estaban vivas y sanas, en comparación con sólo el 35% de las que se habían resignado a su suerte. Esto sugiere que creer que algo es cierto puede ser el primer paso para lograrlo

El diccionario Longman define el autoengaño como « el acto de engañarse a sí mismo, el estado de ser engañado por uno mismo ». El pensador deseoso mantiene la

falsa creencia sin ser consciente de que existe evidencia de la falsedad de la misma, a diferencia del auto-engañador, que en algún nivel es consciente de que hay pruebas que contradicen la creencia, y por lo tanto tiene motivos para pensar que la creencia se mantiene en falso. ((Steve Kirby, 2003 (8)

De ahí la paradoja del auto-engañó. Mele (9) sin embargo, refuta la paradoja y sugiere que el autoengaño es susceptible de una explicación lógica. Dicho autor sostiene que la paradoja denominada del autoengaño se plantea en parte debido a que es conceptualizada como análoga al engaño interpersonal, donde el engañador es plenamente consciente de la falsedad de aquello de lo que está tratando de convencer al engañado. Mele sugiere que no sólo ésta es una forma de conceptualizar un inútil autoengaño, sino que tampoco explica los casos de engaño interpersonales. Llama la atención sobre el hecho de que no es raro engañar a otro inintencionadamente, debido a menudo a nuestra propia ignorancia o la convicción en falsas creencias.

La cuestión en juego aquí es qué intención hay detrás del engaño. Mele sostiene que la intención de engañar no es característica en la mayoría de los casos de auto-engañó. Teniendo en cuenta que dicho autor rechaza ambos engaños (intencional y accidental) como explicativos del autoengaño, ¿cómo pueden tenerse en cuenta? La fuerza motivadora detrás de auto-engañó es el deseo. "El auto-engañó es comúnmente concebido como algo que se debe a que (en parte) el agente-paciente quiere algo (como es el caso). A menudo se dice que lo que el propio engañador quiere es creer la proposición con la que se engaña a sí mismo » (Mele 1987 (10)

David Patten, 2003 (11) plantea justo lo opuesto a Mele. Afirma Patten que el sujeto autoengañado no necesariamente lo hace por el deseo de que la creencia sea verdadera, más bien su creencia está influenciada por lo que de ella espera creer. Se basa en la idea al respecto de que los prejuicios no motivados se originan en la forma de entendemos a nosotros mismos, lo que nos lleva a sacar conclusiones equivocadas sobre nuestros propios motivos. La gente normalmente está influida por diversos estereotipos en su forma de ver las acciones de los demás. Del mismo modo, nuestras ideas preconcebidas acerca de nosotros mismos influyen en las interpretaciones de nuestras propias acciones. Para Descartes, cualquier juicio que no esté de acuerdo con la luz natural de la razón es necesariamente auto-producido: es el resultado de aprobar una opinión para la que no

tenemos una justificación adecuada. Quien se engaña a sí mismo decide hacer un juicio que no está justificado, con el fin de satisfacer su deseo de creer. Pero el autoengaño ¿es realmente tal fracaso epistémico? Para bien o para mal, los seres humanos no suelen pensar como lógicos o científicos. La mayor parte de nuestro razonamiento en la práctica cotidiana no tiene por objeto a descubrir la verdad objetiva sobre las cosas. Hubiera sido antipragmático si la madre naturaleza nos hubiera diseñado como objetivo alcanzar una exactitud total en nuestros juicios.

Patten prosigue afirmando que en la mayoría de los casos de auto-engaño que normalmente se han comentado, el sujeto autoengañado tiene poco que perder si se equivoca al pensar mejor de sí mismo que un análisis más a fondo de los hechos que podría justificarlo. A menudo resultaría un costoso error pensar lo peor de uno mismo. Los procesos cognitivos que permiten a la gente encontrar la verdad no necesariamente han sido diseñados con el fin de encontrar la verdad "real u objetiva". Las personas normalmente no tienen acceso a la "luz natural de la razón" sino que tiene que hacer juicios que están limitados por los presupuestos que se han visto obligadas a hacer como resultado del contexto de su situación.

Además, y quizás lo más importante, en la mayoría de los casos de autoengaño, de hecho, vamos a encontrar que existen pruebas suficientes para apoyar la creencia desde la perspectiva del auto-engañador si nos fijamos con más cuidado

En una investigación D. S. Smith, 2005 (12) muestra que los mentirosos suelen ser más capaces de conseguir trabajo y atraer a los miembros del sexo opuesto en las relaciones. Varios años más tarde Feldman demostró asimismo que los adolescentes que son más populares en las escuelas también son mejores para engañar a sus compañeros. Conclusión: la mentira "funciona".

Taylor & Hick (2007,13) sostienen que las ilusiones positivas sobre uno mismo juegan un papel importante en el mantenimiento de la salud mental, así como en la capacidad de cuidar las relaciones interpersonales y la sensación de bienestar. Estas ilusiones incluyen evaluaciones demasiado positivas de sí mismo, percepciones exageradas de control personal y un optimismo poco realista sobre el propio futuro. No importa "El exacto auto-conocimiento, afirman, no es un ingrediente indispensable para la salud mental y el bienestar".

JK Monts y otros, 2003 (14) estudiaron la influencia del autoengaño sobre la personalidad y viceversa, encontrando que el autoengaño interpersonal se asocia (a) positivamente con la represión - sensibilización y la medida de la autoestima, y (b) negativamente con la inseguridad y el autoritarismo

Z. Moomal y S.P, Henzi, 2000 estudiaron las hipótesis de la psicología evolucionista concernientes a las ventajas adaptativas del engaño y la relación entre el engaño y el autoengaño. Las explicaciones se argumentan en términos de las consecuencias para la conveniencia evolutiva contribuyendo a la supervivencia individual dentro de la especie humana. El auto-engaño sería una estrategia cognitiva que permite filtrar temporalmente fuera de la conciencia. Es decir, reprimir de forma transitoria creencias verdaderas cuando uno se dedica a engañar a los demás. Además esta estrategia funciona de forma automática e inmediatamente en cualquier situación que precise del engaño hacia los otros. Este es el diseño evolutivo que denominaremos la teoría del filtro temporal de auto-engaño

R. Trivers (2006) (15) afirma que el autoengaño ha evolucionado al servicio del engaño, es decir, que una de las funciones principales, sino la principal, del autoengaño, es poder engañar mejor a los demás, porque eso hace más difícil que los demás detecten nuestro engaño y nos permite engañar con un coste cognitivo inmediato menor. Postula que la mentira es una práctica profundamente arraigada en los sistemas vivos y que ha sido seleccionada en el proceso de la evolución. Trivers señala que el conflicto interno y el flujo de información sesgada en el individuo probablemente tiene múltiples fuentes biológicas, pero el auto-engaño evolucionando al servicio de engaño tiene sólo una. Él considera las siguientes fuentes alternativas con especial atención a las interacciones: los conflicto padre-hijos; el conflicto genético interno; la selección de suprimir los rasgos negativos y las ilusiones positivas.

D. S. Neil Van Leeuwen, 2007 (16) critica el adaptacionismo evolucionista psicológico de Trivers sobre el auto-engaño alegando que no es una adaptación, sino una enjuta en el sentido que Gould y Lewontin dan al término: un subproducto de otras facciones de la arquitectura (cognitiva) humana. Considera este autor que la capacidad

de autoengaño no es una adaptación sino una exaptación³, un rasgo originado por selección natural pero que cumple en la actualidad una función diferente para la que se originó. También incluye a aquel rasgo cuyo origen no se debe a la acción de la selección natural pero que en la actualidad sí realiza una función. Es decir, la propensión humana para el auto-engaño no surge porque el rasgo fuera seleccionado en nuestra historia evolutiva, sino porque otros aspectos de nuestra arquitectura cognitiva tienen la capacidad de auto-engaño en forma de exaltación del subproducto preexistente

AUTOENGAÑO PATOLÓGICO; LA METAMORFOSIS DE LA MENTIRA

Los trastornos mentales en su mayor parte mantienen alguna forma de autoengaño basal; por ejemplo una anoréxica ignora su eventual temor al rechazo público, bastantes alcohólicos cree que nadie sabe que lo son.

Nada introduce mejor al autoengaño patológico como el aserto de que autoengañarse es saber lo que pasa e ignorar lo que eso significa. Uno de los elementos que confieren carta de naturaleza al autoengaño es una necesidad sentida percibida como vital, abrumadora, imperativa e insoslayable. La suma necesidad nubla la mente y anula la voluntad. No hace falta que dicha necesidad lo sea objetivamente, basta con que el sujeto lo sienta así. La necesidad perentoria genera el engaño y la necesidad mantenida el autoengaño. La persona autoengañada necesita creer lo que cree. En un principio sí podía ser consciente de su (propio) engaño, pero, a base de repetírselo y – sobre todo- de precisarlo, acaba creyéndolo. Realmente lo requiere para afrontar su día a día, por tanto lo interioriza y funde en su yo hasta que lo automatiza. A partir de aquí su realidad será otra. Navegará en plano de comunicación diferente. (“Más de un espejo es un velo”, decía del autoengaño O. Wilde 1889).

³ las *exaptaciones*, consisten en la aparición de nuevas cualidades con un *carácter emergente*, que surgen después de realizados los cambios anatómicos que los hacen posibles, pero que no se crearon evolutivamente para realizar tal propiedad

ALCOHOLISMO Y AUTOENGAÑO

Aunque la mera observación clínica del alcohólico evidencia la presencia de autoengaño, mediante una investigación realizada en 2006 (17) y actualizada en 2010 demostramos la presencia del autoengaño en alcohólicos recurriendo a datos de la Investigación IAM-50 (Inventario de Mixtificación y autoengaño, ©Sirvent, 2006) con sujetos adictos a drogas y alcohol. Previamente recogeremos las descripciones clínico-psicométricas de las escalas que constituyen dicho inventario.

En dicho inventario la primera escala corresponde precisamente al *autoengaño* que se describe como la dificultad del sujeto para darse cuenta de los efectos adversos de un problema, negándolo o rechazando argumentos plausibles que se le brindan. El autoengaño clínico también se refiere a cuando el sujeto es bien consciente o se da perfecta cuenta del problema, incluso lamentándose del mismo, aunque no adopta soluciones o pretende que estas vengan desde fuera. Por último, cuando el sujeto generaliza el autoengaño a toda su vida diaria y se instala en una forma de vivir engañosa entonces hablamos de mixtificación (*modus vivendi mixtificado*).

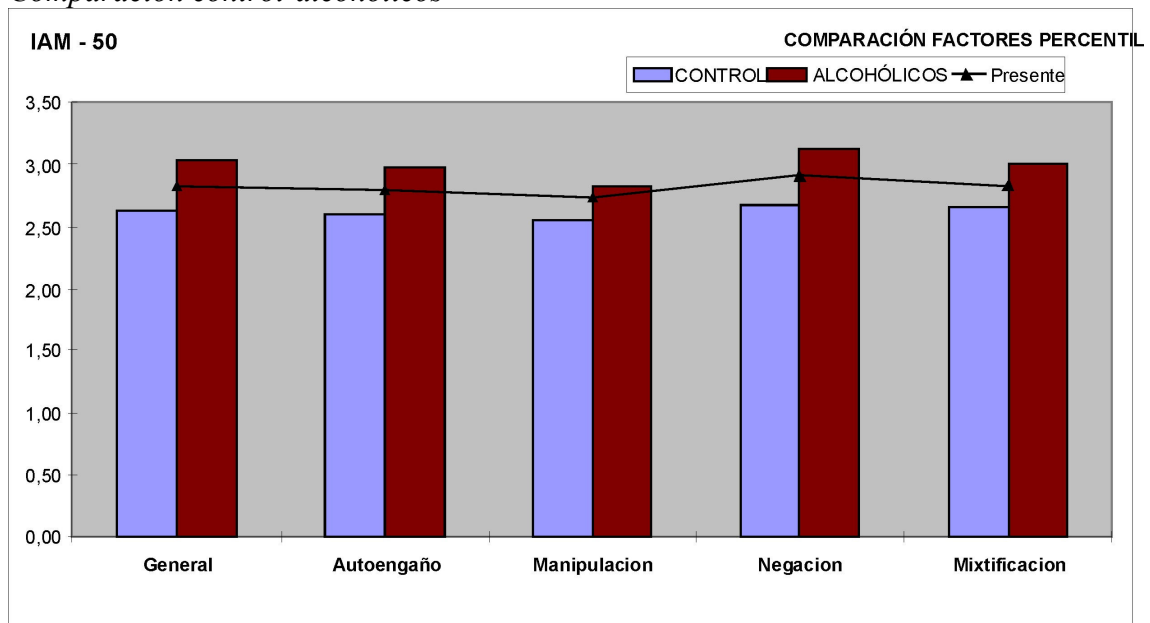
La segunda escala corresponde a la manipulación. Manipular sería el intento de modificar en provecho propio las emociones y el entendimiento del interlocutor. La persona autoengañada, y más aún mixtificada, lo que pretende cuando manipula no es tanto engañar como obtener un beneficio. El bromista –por ejemplo– sería un manipulador emocional que no encajaría en este concepto; sí lo haría en cambio el estafador, que no pretende tanto el engaño como la utilización del otro en provecho propio.

La tercera escala concierne a los *mecanismos de negación*. *Negación* es replicar que algo no existe, no es verdad, o no es como alguien cree o afirma pese a las evidencias presentadas. Dejar de reconocer algo, no admitir su existencia. La negativa persistente a dejarse influir por las evidencias externas también indica el funcionamiento del mecanismo de negación”.

Por último, la cuarta escala es la de *mixtificación*. El *comportamiento mixtificado* apunta a una vida basada en el engaño (“engaño como forma de vida”) que se extiende a todos los ámbitos del quehacer diario y aísla al sujeto del medio (aunque aparentemente se relacione con otras personas) sumergiéndolo en una burbuja de realidad espuria y deletérea que además le separa del mundo por una coraza de mistificación que le obstaculiza la comprensión del mensaje y la comunicación con de los demás, sobre todo cuando este choca con el propio interés, entonces su pensamiento se hace irreductible. Al tiempo procura mantener una falsa apariencia, puramente defensiva, o derivar dicha defensividad hacia la misantropía con conductas hurañas y evitativas. Con frecuencia presenta actitud egoísta y una visión egocéntrica del mundo.

En esta primera gráfica podemos comprobar que el grupo control está significativamente por debajo del percentil de autoengaño. El grupo de alcohólicos queda significativamente por encima tanto en la escala general de autoengaño, como en el resto de subescalas, algo menor la de manipulación.

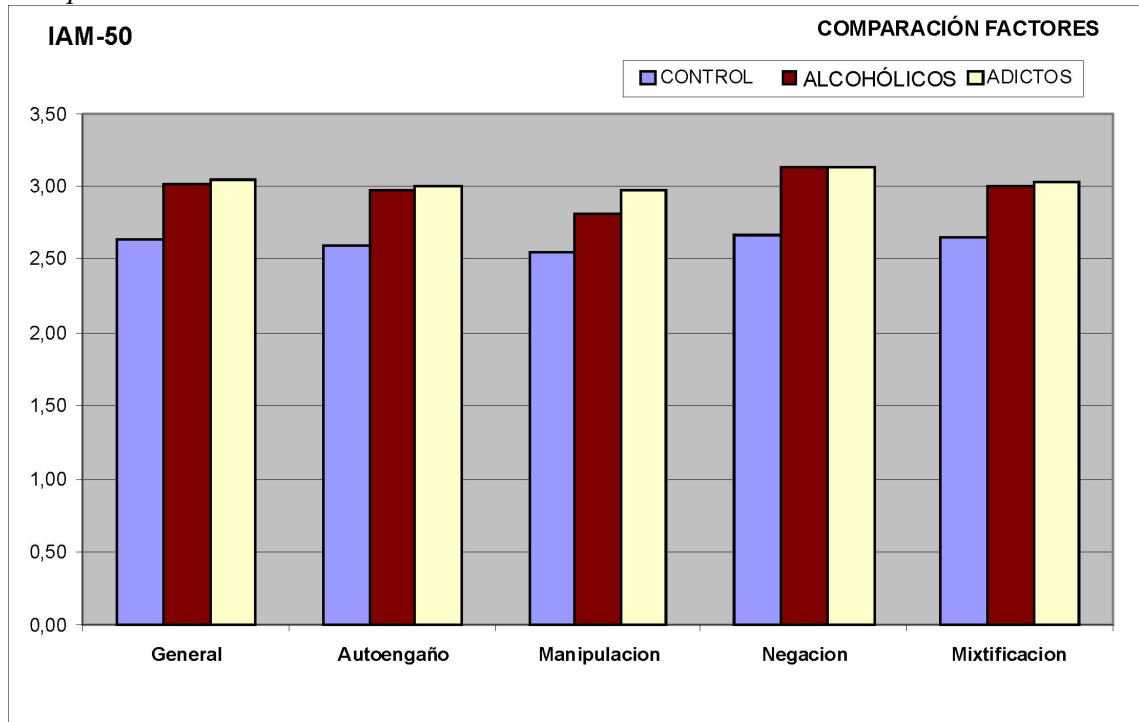
Comparación control-alcohólicos



$N= 533$ Control=233 Alcohol= 300 ($p \leq 0,02$)

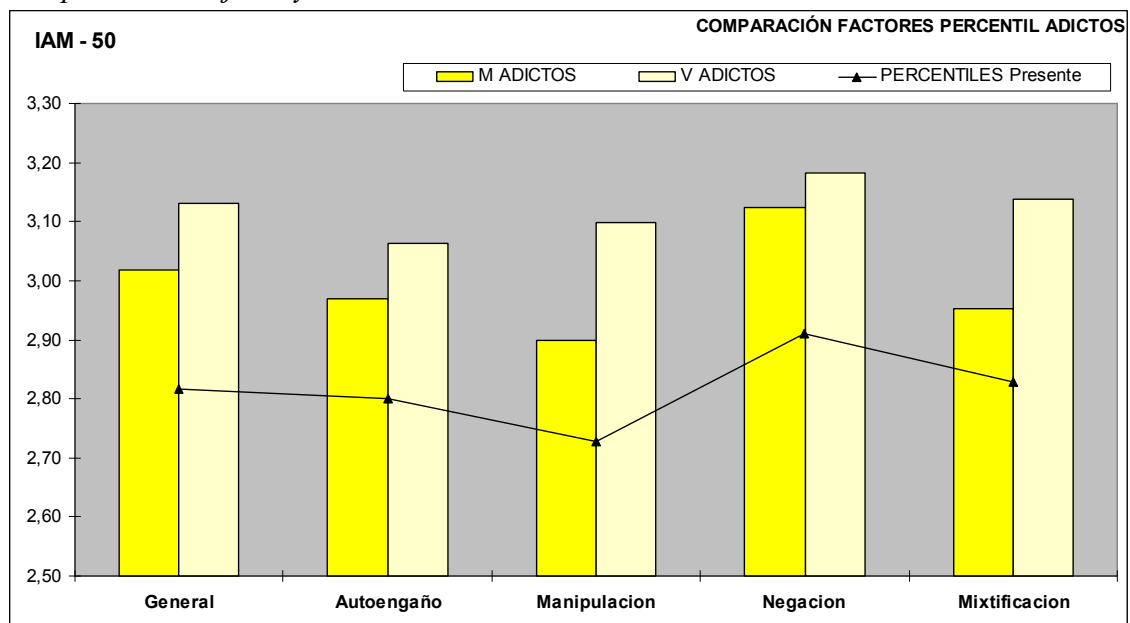
La comparación entre adictos y alcohólicos es prácticamente superponible salvo en la subescala manipulación que es más alta entre los adictos

Comparación control-alcohólicos-adictos



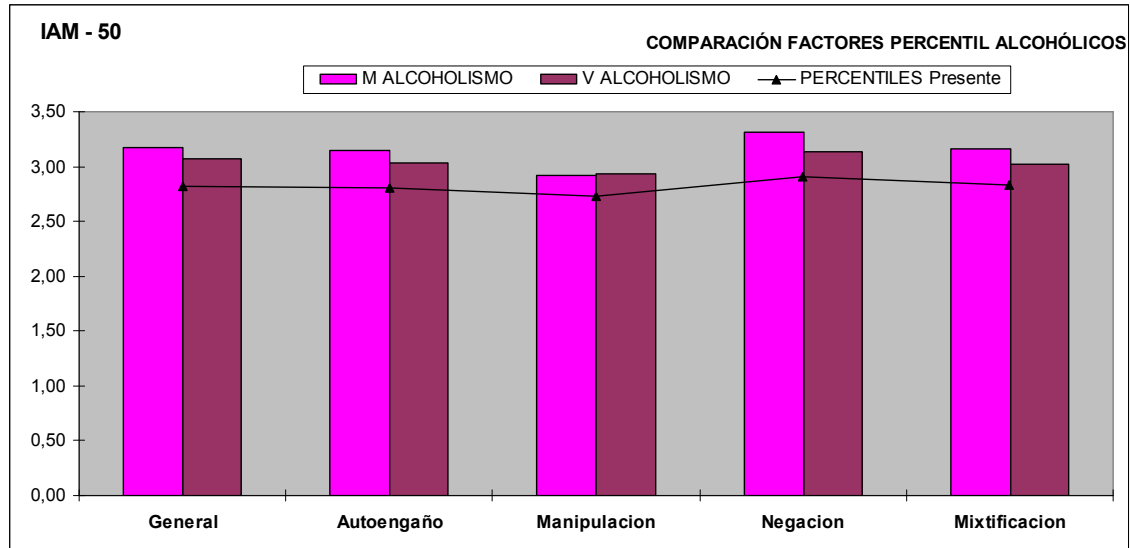
Si diferenciamos mujeres y varones adictos comprobaremos que estos últimos tienen puntuaciones significativamente más elevadas en todas las escalas

Comparación mujeres y varones adictos



La situación anterior se invierte si comparamos mujeres y varones alcohólicos, aquí las mujeres puntúan más en todas las escalas salvo en manipulación, donde se igualan los percentiles

Comparación mujeres y varones alcohólicos



$N = 278$ Varones = 213 Mujeres = 65 ($p \leq 0,02$)

En conclusión, queda demostrada la hipótesis de que los sujetos alcohólicos padecen autoengaño, puesto que en la puntuación media en todas las escalas y subescalas está muy por encima del percentil de autoengaño.

La relación del alcohólico con el mundo está regida por las leyes de la necesidad. A dicho respecto el alcohólico (tanto en estado de ebriedad como en abstinencia) no es veraz ni mendaz. Responde inmutablemente lo que le interesa, como un sociópata que utiliza a los demás. Vive un mundo de “virtualidad acomodaticia” donde la realidad (su realidad) es indistinguible de la ficción. Donde se funden y confunden los límites de lo real y lo imaginario. Donde ningún testimonio es fiable porque viven esclavos de la necesidad, automatizando la respuesta (siempre a conveniencia) y venciéndose cada vez más hacia el autoengaño

El infantilismo, la ingenuidad de la mentira de un niño tiene un carácter acomodaticio, primitivo fácilmente comprensible por el adulto que no juzga con tanta severidad el engaño. El alcohólico involuciona en sus capacidades intelectivas y regresa emocionalmente aproximándose a un niño en su forma de mentir (o decir verdad) acomodaticia. Simplemente afirma lo que le interesa, sea o no veraz, Sin embargo la

sociedad no disocia las componentes cognitiva o emocional de la mentira la carga punitiva común en todas las culturas. Todo se perdona salvo que mientas. Mentir es ofrecer al interlocutor una información cuasi psicótica, no creíble, que requiere esfuerzo interpretativo. El alcohólico, a fuer de autoengañarse y engañar a los demás acaba con una imagen denostada de larga difícil restitución. Es el precio que tendrá que pagar por ser enfermo de la mentira.

La mentira es exógena, relacional y contiene elementos superyoicos que la aproximan al marco moral. La mentira por ejemplo culpa y remordimientos. El engaño en cambio es más bien endógeno, más íntimo si se prefiere y contiene elementos estructurales que le acercan al marco (contexto) yoico. El engañador cambia su forma de ser (sociopatía adquirida)

Si el engaño se ve reforzado por una necesidad acuciante (o se repite por necesidades menos apremiantes pero se repite) entonces la mentira se transforma en autoengaño (“falacia flagrante que el sujeto asume como auténtica”. El autoengaño cronificado aboca hacia la mixtificación, un grado aún mayor donde el autoengaño además de contaminar el discurso alcohólico se extiende a su *modus vivendi* ensimismando y aislando aún más al sujeto sumergiéndolo en una burbuja de realidad espuria y deletérea que además le separa del mundo por una coraza de mistificación. El autoengaño –como veremos- cumple una función homeostática de equilibrio transitorio en el sujeto normal. En el alcohólico, adicto y otros tipos de trastornos mentales, el autoengaño nunca es homeostático ni equilibrante, ni tampoco tiene un carácter transitorio, sino que provoca una transformación estructural que intercepta la toma de conciencia y por tanto la curación del sujeto.

Para desmontar el autoengaño es imprescindible hacerse consciente de la necesidad subyacente, ya que del autoengaño nunca se dará cuenta por la propia esencia del mismo. Por ejemplo una joven adolescente que depende emocionalmente de un amigo que no le corresponde no será consciente nunca de su autoengaño porque su amor por el le hará creer que es correspondida interpretando como signos inequívocos de amor lo que no son más que gestos compasivos. La necesidad subyacente es el acto de querer y la virtualidad de ser querida, una vez detectada dicha necesidad el siguiente paso es detectar e identificar las inercias y automatismos.

La mentira –como el olvido- forma parte de la memoria transformándose y haciendo difícil el retorno al origen. Indagar retrospectivamente en el autoengaño hasta llegar al engaño original es un recorrido tórpido y penoso, repleto de dificultades defensivas y trampas metafóricas a través de esa espesa maraña que es la mente humana. El denominado autoengaño patológico cuando forma parte indistinguible del yo se convierte en un obstáculo insalvable para el insight, para la toma de conciencia del problema exasperando a familiares, allegados e incluso al terapeuta porque impermeabiliza la recepción de mensajes al afectado.

El autoengaño patológico es nocivo por dos razones: impermeabiliza al sujeto del mensaje terapéutico aislándolo en su mundo de erróneas creencias e impidiendo al sujeto la toma de conciencia del problema, sumergiéndole en una ristra interminable de procesos mentales que no hacen sino autoalimentar su estado adictivo. Además, en el supuesto de que el sujeto consiga deshabitarse, el *autoengaño permanece latente* en forma de trampas que emergen cuando menos se lo espera el sujeto e induciéndole a recaer, por ejemplo incitándole a “probarse” o justificando un comportamiento pro-adictivo con falsos argumentos (ya estoy bien, por una vez no pasa nada, etc.). El autoengaño es la principal causa de recaída en sujetos rehabilitados, es como una enfermedad que permanece latente y que emerge cuando menos lo espera uno de forma inopinada.

Dicho autoengaño latente suele emerger mediante precipitantes emocionales, por ejemplo una adolescente que cree superada su dolorosa dependencia de un exnovio, al cabo de los años, al verle y hablar de nuevo con él, se da cuenta de que sus sentimientos reaparecen, de que su dependencia estaba latente por más que equivocadamente creyera lo que “quería creer”.

De la misma manera, un alcohólico cree falsamente estar curado hasta que un estímulo de cierta envergadura (una nochevieja, una celebración, un acontecimiento traumático, etc) o una estimulación suave o mantenida (un pensamiento de autosuficiencia, unas miradas de reojo al bar todos los días) van despertando el deseo latente, dormido, pero no extinguido. El autoengaño acompaña al deseo. Hay que disociarlos para que el uno no de falsa cobertura al otro.

No existe recuperación con ciertas garantías que no pase por un dilatado trabajo terapéutico sobre el autoengaño. Para empezar, hay que quebrar esa coraza impermeabilizante de autoengaño como primer paso para conseguir un insight eficaz y sobre todo para cimentar lo que será un trabajo eficaz contra el autoengaño latente, factor primun de la mayor parte de recaídas tardías.

Las ilusorias justificaciones, los falsos razonamientos no pueden caber en quien ha hecho un decidido trabajo sobre el autoengaño, de manera que cuando rebrote o emerja un deseo latente, la fuerza de la razón lo identifique y ponga en marcha mecanismos de neutralización eficaces, o que al menos –si recae- sepa en todo momento por qué lo ha hecho, sin trampas ni engaños, lo cual es la primera piedra para convertir una recaída en una recidiva, o –lo que es lo mismo- para levantarse antes de caer del todo.

El autoengaño es la suma de numerosos autoengaños (mayores y menores) catalizados por un *estilo de autoengaño* que contamina el modo de pensar y actuar del alcohólico. Los profesionales a veces se desesperan por la cantidad de equívocos respecto al alcohol que mantienen los pacientes a pesar de las evidencias y los progresos. Y cuando todo parece que se va corrigiendo, reaparece un nuevo autoengaño que puede ser la emergencia de otro latente o bien un juicio erróneo incorporado a la razón por mor de ese estilo de autoengaño que filtra y sesga la realidad. A dicho respecto es primordial no solo corregir los autoengaños parciales sino ese “estilo de autoengaño” perpetuador del problema que podemos adivinar mediante maniobras cognitivas simples observando el estilo de pensamiento general y el particular referido a su problema adictivo y a las particulares circunstancias de cada paciente.

Referencias

- (1) Ekman P. "Why don't we catch liars? - Truth-Telling, Lying and Self-Deception". 1996. Social Research, Fall,
- (2) Nyberg D. "The varnished truth". University of Chicago Press. 1994 ISBN (cloth) 0-226-61051-9
- (3) Sims, A. "Symptoms in the mind. An introduction to descriptive Psychopathology" (3th ed.). 2003 Elsevier Limited Oxford
- (4) Teasdale MA "Change in cognition during depression - psychopathological implications: discussion paper". Journal of the Royal Society of Medicine Volume 76 December 1983 University of Oxford Department of Psychiatry
- (5) Yaling Yang, ; & alls. Localization of Deformations Within the Amygdala in Individuals With Psychopathy Arch Gen Psychiatry. 2009; 66(9):986-994.
- (6) Yaling Yang, bs and A Raine, Localisation of increased prefrontal white matter in pathological liars. The British Journal of Psychiatry (2007) 190: 174-175. © 2007 The Royal College of Psychiatrists
- (7) Sommer, V., Lob der Lüge. "Tauschung und Selbsttauschung bei Tier und Mensch", 1992 C.H. Beck, Munchen.
- (8) Kirby, Steve. "Telling lies? An exploration of self-deception and bad faith." European Journal of Psychotherapy, Counselling & Health, Jun2 003, Vol. 6 Issue 2, p99-110, 12p
- (9) Mele, A "Self-Deception Unmasked", Princeton ., 2001,: Princeton University Press.
- (10) Mele, A "Recent Work on Self-deception," American Philosophical Quarterly, 1987. 24: 1-17
- (11) Patten, D. "How do we deceive ourselves?" Philosophical Psychology, Jun 2003, Vol. 16 Issue 2, p229, 18p;
- (12) Smith D. "Natural-Born Liars". (2005, June).Scientific American Mind.
- (13) Taylor R, Hick R. Believed cues to deception: Judgments in self-generated trivial and serious situations. (2007, Sep).Legal & Criminological Psychology.
- (14) Monts, J. Kenneth; Zurcher Jr., Louis A.; Nydegger, Rudy V "Interpersonal self-deception and personality correlates". Journal of Social Psychology, Oct77, Vol. 103 Issue 1, p91, 9p
- (15) Trivers R. The Elements of a Scientific Theory of Self-Deception.(2006) Department of Anthropology, Rutgers University, 131 George Street, New Brunswick, New Jersey 08901-1414, USA
- (16) Neil Van Leeuwen D. S. The Spandrels of Self-Deception: Prospects for a Biological Theory of a Mental Phenomenon Philosophical Psychology Vol. 20, No. 3, June 2007, pp. 329-348
- (17) Blanco P López P, Sirvent C "Psicopatología del autoengaño en adictos ". (2006) Publimed. Congreso Virtual de Psiquiatria

MENTIRA Y PSICOTERAPIA” (Y AUTOENGAÑO)

Leandro Palacios Ajuria

Psicólogo Clínico.

Coordinador Asistencial de la Fundación Instituto Spiral

Email: lpa@institutospiral.com

Fundación Instituto Spiral

c/ Marqués de Valdeiglesias, 2 - bajo

28004 Madrid

Tel 91 521 40 40

Fax 91 5220707

Web: www.institutospiral.com

INTRODUCCIÓN

Cuando el Dr. Sirvent me propuso el tema de mi intervención, me entusiasmé. Y no es para menos: “mentira y psicoterapia” es un título conciso, claro y sugerente que haría la boca agua de cualquier terapeuta con experiencia y le permitiría abordar algunas de las cuestiones más importantes tanto de ese espacio casi mágico que es la relación terapéutica como de los procedimientos que hacen de la psicoterapia lo que es. Sin embargo, no sabía dónde me estaba metiendo.

Conforme empecé a plantearme los contenidos de la intervención y a buscar un hilo conductor que me impidiera convertirla una andanada de informaciones contradictorias y especulativas, cada tema me abría las puertas a muchos otros en los que inicialmente ni siquiera había pensado recalar pero que se mostraron ineludibles si pretendía dotar a la exposición de una cierta lógica. Tuve, además, que recordarme que el Encuentro sobre la Mentira y el Autoengaño no nace con pretensiones fundamentalmente clínicas ni terapéuticas (aunque dé cabida a ambos aspectos) y que mucho de lo que dijera sobre la mentira no necesitaba tener formato de sentencias técnicas dirigidas únicamente a terapeutas en ejercicio y a alumnos de disciplinas sociosanitarias, con lo que me liberé de presión por este lado pero, como me conozco, me nació la inquietud de no

disgregarme en exceso tanto del título de mi intervención como del campo en que oficio.

Decidí finalmente aglutinar la multitud de preguntas, cuestiones, temas y contenidos que se iban acumulando en tres bloques ni homogéneos ni simétricos en los que, a veces en clave de humor, otras valiéndome de la voz de autores que abordan la realidad del mentir desde una perspectiva muy seria y otras del aprendizaje que nos proporcionan nuestros pacientes, espero trasladar la esencia de lo que pienso respecto a la interacción entre mentira y psicoterapia.

I. MENTIRA, AUTOENGAÑO Y PSICOTERAPIA

La necesidad de un contexto general en que situar las posibles relaciones entre mentira, autoengaño y psicoterapia me llevó a plantearme la serie de disyunciones que desarrollo a continuación, si bien estoy convencido de que son sólo algunas de las posibles y espero no convertirlas en un discurso redundante.

¿Es lo mismo “mentir-te” que “mentir-me”?

Si acudimos a una de las fuentes de información más populares, accesibles y a mi juicio atinadas de que disponemos (la Wikipedia), la mentira es definida como “*una declaración realizada por alguien que cree o sospecha que es falsa o parcial, esperando algún beneficio con ella*”. Además, se insiste en que “*mentir es un proceso voluntario, intencional e interesado*” que requiere un esfuerzo premeditado por parte del sujeto tanto en la confección del relato de la mentira como en el mantenimiento del mismo y que, como se ha dicho, se destina a obtener alguna clase de beneficio de los demás o de sí mismo.

Por su parte, en la introducción del folleto que presenta el Encuentro sobre la Mentira y el Autoengaño en Dr. Sirvent afirma que “*Un error común es creer que el autoengaño consiste en mentirse a si mismo cuando es justo lo contrario: la persona que se autoengaña cree lo que dice, no es consciente de la deformación o falseamiento de la realidad, aunque quienes le rodeen se lo señalen repetidamente*”.

Siendo como son fenómenos diferentes tanto en su naturaleza como en su proceso de gestación, no se puede perder de vista que se encuentran íntimamente asociados y que el uno no excluye al otro pues, antes bien, si nos desplazamos a la clínica de los trastornos psicológicos ambos dos se presentan amalgamados para congoja de terapeutas, pacientes y personas cercanas a éstos.

¿Está bien mentir o está mal?

Ésta es una de esas preguntas fáciles de plantear pero complejas de responder y que no ha podido ser obviada no sólo por filósofos y pensadores de todos los tiempos sino por los propios terapeutas, por mucho que algunos pretendan situar la terapia al margen de cuestiones éticas y morales. Como bien se sabe, mentir está penalizado en multitud de sociedades y de culturas e incluso está específicamente prohibido en la mayoría de las religiones al ser considerado un “pecado”, se defina como se defina este concepto. Resulta curioso además que, siendo algo tan practicado por la sociedad en general, la tolerancia con las personas que mienten sea tan exigua, resultando tremendamente difícil despegarse la etiqueta de mentiroso una vez que se adjudica a alguien, que pasa automáticamente a ser juzgado en sus acciones a través de dicho filtro y penalizado con la desconfianza perenne de propios y extraños. Como los motivos de tales circunstancias están bien explicados en los textos y tratados correspondientes, me limitaré a mencionar dos de ellos por su impacto en el campo de acción de la psicoterapia y que son: la consideración de la mentira como una *forma de actuar indeseable y que devalúa al que la usa al atribuirle la intención de engañar*⁴ - cuando, antes bien, en muchas ocasiones la mentira es un mecanismo útil de afrontamiento de la realidad y no implica engaño intencionado – y la *contraposición entre "mentira" y "verdad"*, apareciendo *la verdad como una realidad objetiva y deseable*. En relación con lo último, Ibáñez (Ibáñez, T. 1992) alude a cuatro mitos de la “ideología de la representación” sobre los que sustentan las creencias de esta índole:

⁴ Mención aparte merecen las mentiras graciosas, en las que no se atribuye intencionalidad maligna al mentiroso, siendo una práctica utilizada ampliamente por comediantes y humoristas.

1. *El mito del conocimiento válido como representación correcta y fiable de la realidad*, cuando todo conocimiento es traducción de y habla de cómo se conoce, no de lo que se conoce. Todo conocimiento es relativo.

2. *El mito del objeto como elemento constitutivo del mundo*, cuando no es posible la objetividad pura pues no es posible una separación radical entre sujeto y objeto. No hay objetos, hay objetivaciones.

3. *El mito de la realidad como entidad independiente de nosotros*, cuando la realidad es siempre realidad-para-nosotros, realidad-desde-nuestra-perspectiva.

4. *El mito de la verdad como criterio decisorio*, cuando para que algo sea verdadero debe tener carácter absoluto y trascendente y tendríamos que situarlo fuera de las producciones humanas pues no podría estar influido por culturas, sociedades, opiniones, necesidades, etc. Si abandonamos el valor de verdad nos queda el valor de uso, que es el sentido práctico de la verdad.

¿Es útil o no?

En claro contraste no sólo con las valoraciones y postulados éticos sobre la mentira sino con la opinión generalizada al respecto, la mentira y el autoengaño no sólo son herramientas útiles para el ser humano sino que tanto la supervivencia individual como colectiva dependen en gran medida de nuestra capacidad para mentir. David Livingstone Smith (director del Instituto de Ciencias Cognitivas y Psicología Evolutiva de la Universidad de Nueva Inglaterra y autor del libro “*¿Por qué mentimos?: las raíces evolutivas de la mentira y del inconsciente*”), se expresa de una manera tan clara y contundente al hablar de la utilidad de la mentira como la de los siguientes párrafos: “*La evolución selecciona rasgos que son ventajosos para los individuos. Mentir es ventajoso, la evolución lo ha integrado en la naturaleza humana. Por eso, los humanos somos mentirosos natos. Mentimos de forma espontánea, de igual manera que respiramos o sudamos. (...) Cualquier persona que no sea capaz de mentir está en clara desventaja. Esa persona tiene todas las papeletas para convertirse en un marginado social, porque la vida social humana gira en torno a la mentira. Imagina lo insoportable que sería que todos fuéramos honestos los unos con los otros: la vida social, tal y como la conocemos, sufriría un colapso. Aquí reside una interesante paradoja: todos queremos ser libres para mentir, pero ninguno queremos ser víctimas de las mentiras*”. En una línea de pensamiento similar, mis compañeros la Dra. Blanco y el

Dr. Sirvent dicen que *“Existe una doble tendencia a la credulidad y a la conformidad social necesarias para la viabilidad de las relaciones. (...) Tendemos a creer cosas que no vemos y que sólo conocemos por referencias de los demás. La necesidad de predecir la conducta de los otros, de saber lo que piensan, nos lleva a construir hipótesis con poco fundamento (fuente de engaño).”* (Sirvent, C., Blanco, P. 2007)

Respecto al autoengaño, también muchos autores se manifiestan a favor de los beneficios del mismo. Por ejemplo, Luis Rojas Marcos afirma sobre éste que *“(...) El autoengaño es una peculiar estrategia de supervivencia de nuestra especie, verdaderamente única y de inigualable utilidad en tantos momentos de prueba y vulnerabilidad que nos depara la vida. Gracias al autoengaño superamos una realidad devastadora con una ilusión reconfortante, neutralizamos una verdad implacable con una falacia benevolente, justificamos una conducta intolerable con una excusa persuasiva.”*

¿Mentir es un hecho humano o es un problema?

En un estudio psicológico de la Universidad de Massachussets (USA) con 242 estudiantes a los que se les explicó que el propósito del mismo era examinar cómo interactuaban al conocer y mantener una breve conversación con otra persona se pudo observar que un 60% de los participantes mintió al menos una vez durante dicha charla. Sus mentiras abarcaron desde cuestiones irrelevantes hasta otras más extremas y no se encontraron diferencias en cuanto a la frecuencia entre hombres y mujeres pero sí en los objetivos de la mentira: las mujeres tendían a mentir para hacer que el interlocutor se sintiera mejor, mientras que los hombres buscaban dar una mejor imagen de sí mismos.

Sin necesidad de que lo corroboren las estadísticas, todos sabemos que convivimos con la mentira a diario y que la practicamos habitualmente sin que ello altere en esencia ni nuestras relaciones con los demás ni nuestra propia personalidad. Incluso en muchas ocasiones la situación puede volverse más compleja cuando somos conscientes de que alguien nos miente y aceptamos esa mentira por algún motivo de orden superior o cuando somos nosotros mismos quienes, al mentir, nos percatamos de que no somos creídos pero se nos trata “como si no” mintiésemos. De hecho, mentimos más de lo que reconocemos y esta acción no sólo no provoca daños irreversibles en el orden social

sino que, antes bien y como se ha mostrado en anteriores apartados, tales mentiras “lubrican” nuestras interacciones, allanan conflictos que podrían destruirlas en caso de practicar una sinceridad total y permiten que las utilicemos como “mecanismos de defensa” para preservar nuestra salud psicológica y afectiva. Yendo más lejos aún, mediante las mentiras bien utilizadas defendemos ese ámbito de crucial importancia que llamamos “intimidad”.

Otro tanto de lo mismo podemos decir del autoengaño, pues *“El autoengaño no es en sí mismo patológico. ¿Quién se atrevería a asegurar que carece de autoengaño? Todos tenemos un nivel más o menos elevado, “fisiológico” podría decirse, de autoengaño sustanciado en forma de ilusión, fantasía o natural fabulación que empleamos en el día a día para interrelacionarnos. A dicho respecto Clément Rosset decía: “Vivimos constantemente apartándonos de lo real, huyendo de la verdad. Quizá vemos lo que existe pero rechazamos lo que significa. El atractivo del autoengaño es su diferencia de la ignorancia. Nada más frágil que la facultad humana de admitir la realidad, de aceptar sin reservas la imperiosa prerrogativa de lo real”.* (Sirvent, C., Rivas, C., Palacios, L., Blanco, P. y Morál, M.V. 2008).

Así las cosas – y afortunadamente para todos – la mentira “es un problema cuando es un problema”, significando entonces que muchas de las mentiras tanto propias como ajenas que sazonan nuestro día a día no reúnen las características necesarias para convertirse en problemas psicológicos, no obstante lo cual no deja de ser cierto que “las mentiras tienen las patas cortas” y que abusar de ellas acaba siendo problemático para quien lo haga.

¿La mentira necesita terapia o no?

Teniendo en cuenta lo dicho, ¿cuándo podemos considerar a la mentira y/o al autoengaño problemas subsidiarios de atención psicoterapéutica?. Definamos para ello lo que se entiende como problema psicológico o “trastorno mental”: el trastorno mental implica una o varias alteraciones significativas de los procesos cognitivos, afectivos, comportamentales e interpersonales que dificultan o impiden al sujeto adaptarse a las condiciones de su vida. Según Mesa Cid (Mesa Cid, P. J. 1999), las características

comunes de las perturbaciones experimentadas por aquellas personas que sufren trastornos mentales son:

- Malestar o sufrimiento subjetivo.
- Pérdida de libertad y de autonomía.
- Falta parcial o total de adaptación al entorno.
- Violación de normas sociales o morales.
- Incomprensibilidad de la conducta (por parte de las personas que se relacionan con el presunto paciente).
- Malestar o sufrimiento personal (por parte de las personas que se relacionan con el presunto paciente).

Adelantaré ahora que, al menos en mi experiencia clínica, no he recibido a nadie con demandas del tipo *“necesito tratamiento porque soy un mentiroso”* o *“ayúdeme porque me autoengaño”*. De hecho, suele ser al contrario, el sujeto con problemas psicológicos que miente no cree necesitar ayuda – se autoengaña - pues vive su mentir como algo egosintónico, es decir, como algo consustancial a su manera de ser y son las personas cercanas a éste quienes señalan la mentira como un problema, arrancando un gesto de escepticismo en el presunto paciente cuando no de enfado y de franca belicosidad respecto a tal acusación.

La situación descrita supone que, aunque la mentira y el autoengaño no entran en el ranking de los motivos explícitos de consulta más frecuentes, sí están incluidos en el menú patológico de una amplia mayoría de los trastornos por lo que se solicita asistencia profesional y, lo que es peor, se convierten en obstáculos primordiales para el éxito del proceso terapéutico. Dos nuevos párrafos del artículo titulado *“Psicoterapia del Autoengaño”* me servirán ahora para insistir en lo que vengo planteando: *“Muchos sujetos viven instalados en el autoengaño sin que éste le suponga un problema relevante. Pero un paciente - es decir, un sujeto que sufre en relación con su autoengaño - no puede permitirse el lujo de mantenerlo porque, o no sanará nunca, o recaerá sin siquiera darse cuenta. Necesariamente el afectado tiene que terminar un tratamiento con ideas claras a este respecto y, si recidiva, que por lo menos sepa el por qué sin confusiones. En cualquier caso, siempre es preferible que el sujeto elimine elementos de autoengaño. (...) El autoengaño patológico está presente en buen número de procesos, sobre todo aquellos que son susceptibles de recidivar, es decir, seguir un*

curso episódico, y no tienen naturaleza psicótica ni endógena (salvo la abajo citada). Por lo común contendrían alteraciones neuróticas y las siguientes nosologías de la clasificación CIE 10: trastornos adaptativos, somatomorfos, disociativos, de la conducta alimentaria facticios, de la personalidad, adicciones, simulación, trastornos de estado de ánimo, incumplimiento terapéutico, duelo, problemas de identidad, biográficos, etc. En definitiva -y como se ha referido- es patrimonio del mundo de las neurosis aunque se presenta en cierto tipo de psicosis, sobre todo las de tipo paranoide dañando la parte conservada de conexión con el mundo real". (Sirvent, C., Rivas, C., Palacios, L., Blanco, P. y Moral, M.V. 2008).

II. PSICOTERAPIA, MENTIRA Y AUTOENGAÑO

Aunque me resulta tentador, no quiero perderme en demasía elucubrando sobre los procesos que conducen a una persona a solicitar psicoterapia⁵. Bástese decir que, una vez se produce dicha demanda, considerar a la mentira y al autoengaño como objetivos de intervención psicoterapéutica suele ser una propuesta del terapeuta y no del paciente, quien se “autoengaña” respecto a su autoengaño y a la magnitud y consecuencias de sus mentiras. Intentaré revisar por ello algunos de los aspectos que a mi juicio poseen mayor relevancia en la práctica de la psicoterapia tanto si está focalizada en la mentira y el autoengaño como si no.

Mentira y autoengaño como ingredientes esperables de la relación terapéutica

En nuestro acervo colectivo está bien implantada y asumida la conducta de acudir al médico cuando ello resulta necesario. A nadie le extraña. No obstante, hacer lo propio con un profesional de la psicoterapia es harina de otro costal. Todavía muchas personas sienten dudas y reticencias a la hora de dirigirse a un “loquero” no sólo por desconocimiento de lo que es la psicoterapia sino porque se equipara la demanda de este tipo de servicio con reconocer que se padecen graves desórdenes mentales que el propio sujeto no es capaz de solventar. Además, en multitud de trastornos psicológicos – y a

⁵ Como detalle curioso, en el campo de las adicciones es frecuente que la demanda de tratamiento no la efectúe el adicto sino una persona cercana, pareja o familiar por lo general, con lo que se puede imaginar lo difícil y hasta ridículo que resultar atender a alguien que no se considera necesitado de tratamiento.

consecuencia del autoengaño - quienes los sufren no creen necesitar ayuda y si la solicitan es por efecto de presiones externas (familiares, laborales, legales, etc.).

El hecho de “desnudarse” psicológicamente en presencia de un extraño resulta francamente difícil (tanto o más que hacerlo físicamente en presencia de un profesional sanitario) pues, como apunta Rogers, “(...) *No es fácil para un cliente, ni para ningún ser humano, compartir los sentimientos más profundos, encubiertos y problemáticos con otra persona. Y para alguien que sufre un trastorno aún lo es más.*” (Rogers, C. 1966). Mostrarse tal cual se es, sacar a la luz aquellos complejos, inseguridades o debilidades que se ocultan o disimulan, poner en entredicho la propia fortaleza mental quedando a merced del terapeuta se convierte así en un duro trance que causa miedo, cuando no terror. Y es aquí donde la mentira prospera, convirtiéndose en un instrumento para proteger al paciente de sus temores y también para facilitarle la satisfacción de sus deseos mientras que, a la par, dificulta el establecimiento de la alianza de trabajo al atentar contra sus pilares básicos: sinceridad, confianza, autenticidad. El autoengaño por su parte aporta un plus de protección ya que “(...) *Se nutre de la fantasía y de la compasión hacia uno mismo, nos ayuda a conservar la autoestima, facilita la conciencia, estimula la creatividad y favorece la adaptación y la supervivencia. También nos sirve de salvavidas a la hora de mantener el sentido de invulnerabilidad ante condiciones internas o externas adversas que nos amenazan o traumatizan: la ansiedad ante la muerte, el miedo al fracaso, la desilusión con uno mismo, la subyugación por un agresor o la humillación pública.*” (Rojas Marcos, L.) pero complica aún más la labor psicoterapéutica pues “*El problema principal que se encuentra un psicólogo suele ser el de mostrar claramente cuál es el verdadero problema, que por lo general está oculto a los ojos de quien lo padece.*” (Porcel Medina, M. y González Fernández, R. 2005).

Teniendo en cuenta lo dicho, el profesional de la psicoterapia debe considerar a la mentira y al autoengaño del paciente como elementos de una relación en la que también él mentirá. Sé que suena áspero pero es cierto: paciente y terapeuta se relacionan aceptando las mentiras ajenas y poniendo las propias al servicio del juego de roles que se escenifican en terapia. De hecho, si en todas las relaciones se miente, ¿debería ser distinto en la relación terapéutica?.... “*Si algo caracteriza a la terapia psicológica es la importancia radical del fenómeno de la apariencia, hasta el punto de ser imposible*

desarrollarla sin aparentar, sin aparentársele el psicólogo al paciente y viceversa”
(Porcel Medina, M. y González Fernández, R. 2005).

¿Psicoterapia “contra” mentira?

Toda experiencia humana se asienta en la percepción de estímulos sensoriales y somestésicos que se transforman hasta configurar lo que el Grupo de Palo Alto, Bateson, Bandler, Grinder y otros autores sistémicos llaman el "mapa de representación del mundo“. De esta forma, cuando el paciente habla de lo vivido no reproduce exactamente sus experiencias reales sino que ofrece el relato de las mismas confeccionado tanto por su personalidad, biografía y momento vital como por sus intenciones y planteamientos respecto a la psicoterapia. La relación de ayuda corre entonces el peligro de convertirse en una lucha de poder respecto a la posesión de la “verdad” en la que el terapeuta, venza o no, saldrá perdiendo en beneficio de los trastornos de su paciente o todo lo contrario.

Para conjurar la amenaza de que la terapia se transforme en una competición, muchos modelos terapéuticos definen y defienden que la tarea del terapeuta no es imponer una versión determinada del problema sino cuestionar la consistencia de la versión inicialmente planteada por el paciente y ayudarle a explorar posibles significados alternativos de los elementos que la integran. Más aún, “(...) *entendemos por proceso terapéutico un proceso relacional dedicado a modificar la estructura de los significados con la cual el paciente se construye a sí mismo y sus propias relaciones significativas*” (Semerari, A. y Procacci, M. 1992). No obstante, estas formas de entender la terapia implican que el terapeuta sepa adaptarse a las verdades y mentiras de sus pacientes respetando el delicado equilibrio entre la aceptación “provisional” de las mismas y la responsabilidad de ayudarle a construir un modelo de vida más eficaz y saludable.

Las mentiras del paciente

Hemos visto previamente que, cuando un sujeto se libera de los obstáculos que implica demandar psicoterapia, no llega a la misma ni con el propósito de contarle todo⁶ ni con la capacidad para analizar lo que le sucede desde perspectivas diferentes a las que le atrapan en sus dificultades y le impiden el cambio. De hecho, de las razones que Prochaska y Prochaska (2001) aducen sobre el porqué no cambian las personas - porque no pueden, porque no quieren, porque no saben cómo, porque no saben qué cambiar y por una mezcla de todo – tan sólo una remite a la intención voluntaria de no cambiar, el resto tienen algo o mucho que ver con la falta de información y de capacidad para resolver problemas que, a su vez, guardan correlación con el relato distorsionado que el sujeto ha confeccionado sobre los mismos. Si convenimos que *“La psicoterapia supone la posibilidad de construir una versión del problema presentado por el paciente en el que éste aparece como implicado personalmente en el origen, el mantenimiento o las posibilidades de resolución del mismo.”*(Fernández Liria, Rodríguez Vega, Hernández Monsalve y otros, 1997), debemos entender⁷ las mentiras tanto voluntarias como generadas por el autoengaño de nuestros pacientes como elementos sustanciales de su narración y ayudarles a localizarlas, razonarlas y modificarlas. Y, como es obvio, el terapeuta debe saberse mover en este campo sin que ello le afecte en demasía bien por una postura ingenua respecto a la realidad del oficio de la terapia o bien por un manejo inadecuado del impacto emocional que, a buen seguro, le causarán las mentiras de sus pacientes. En otras palabras, *“La postura que adopte el terapeuta en el curso del proceso terapéutico no sólo influirá decisivamente en el mismo sino que nos definirá como personas y condicionará el desempeño de nuestras habilidades técnicas”* (Palacios, L., 2001)

⁶ Y ésta no tiene que ser una intención forzosamente maligna basada en el deseo de manipular al terapeuta pues, antes bien, suele estar asociada a la incertidumbre y a los miedos que activa la relación y el escenario psicoterapéuticos.

⁷ Que no respaldar, pues según el Código Deontológico del Psicólogo *“El/la Psicólogo/a respetará los criterios morales y religiosos de sus clientes, sin que ello impida su cuestionamiento cuando sea necesario en el curso de la intervención”*

Veamos para finalizar algunos de los motivos más habituales que, según Grohol (Grohol, J. M. 2008), llevan a los pacientes a “mentir” a sus terapeutas:

Razones comunes para mentir a su terapeuta

- La dificultad de compartir temas dolorosos o información embarazosa.
- No saber qué información es importante.
- Negación como parte del problema.
- Falta de confianza en el terapeuta.
- La mentira como mecanismo de afrontamiento para evitar el abuso continuo o un trauma.
- Querer mantener una autoimagen positiva.
- Transferencia (lo que el paciente “pone” en el terapeuta) y contratransferencia (lo que el terapeuta “pone” en el paciente).
- Manipulación intencionada con el fin de obtener un diagnóstico específico por razones de discapacidad o por prescripción de medicamentos.
- El MIEDO y los miedos
 - ✓ *El miedo a la opinión del terapeuta.*
 - ✓ *El miedo al juicio del terapeuta.*
 - ✓ *El miedo a no ser creído.*
 - ✓ *El miedo de estar en terapia por primera vez y no saber realmente qué esperar.*
 - ✓ *El miedo a no tener valor para el terapeuta.*
 - ✓ *El miedo a no ser amado y digno de amor.*
 - ✓ *El miedo al rechazo.*
 - ✓ *El miedo a lo desconocido.*
 - ✓ *El miedo al cambio.*
 - ✓ *El miedo a lo que el terapeuta haga con la información y a cómo pueda utilizarse algún día en contra del paciente.*

Las mentiras del terapeuta

Platón considera que las únicas personas con derecho a mentir son los médicos ya que, si partimos de la idea de que éstos deben buscar el beneficio del paciente (“primum non nocere”), la mentira puede ser un instrumento de gran ayuda para muchos enfermos. Ejemplos de ello son:

- Ocultar o no decir toda la verdad del diagnóstico porque beneficia al paciente.
- Usar el “efecto placebo” en enfermedades psicosomáticas.
- No informan a un enfermo en terapia intensiva de su gravedad a fin de que la angustia que puede generar tal información empeore su estado.

Más cercanos en el tiempo, otros autores se expresan en los términos siguientes: *“En multitud de ocasiones, un psicólogo tiene que disimular, callar, decir verdades a medias, hacer comentarios sesgados que tienen que ver con el engaño, con la mentira o, cuando menos, con no mostrar la verdad desnuda. Unas veces por no herir la sensibilidad de su paciente y otras por mera educación.(...) Si uno lo piensa detenidamente, se da cuenta de que lo que realmente está en juego es la voluntad del paciente y que para controlarla, de alguna manera, hay que someterla a engaño.”*(Porcel Medina, M. y González Fernández, R. 2005)

Y los mismos autores añaden que *“El autoengaño del cliente necesita del engaño terapéutico hasta un punto en donde el engañado sea consciente de que se está autoengañando, lo que neutralizará el problema psicológico derivándolo en un problema de la vida”* (Porcel Medina, M. y González Fernández, R. 2005)

Según el Artículo 5º del Código Deontológico del Psicólogo, *“La profesión de Psicólogo/a se rige por principios comunes a toda deontología profesional: respeto a la persona, protección de los derechos humanos, sentido de responsabilidad, honestidad, sinceridad para con los clientes, prudencia en la aplicación de instrumentos y técnicas, competencia profesional, solidez de la fundamentación objetiva y científica de sus intervenciones profesionales”*. Además, el Artículo 26º establece que *“El/la Psicólogo/a debe dar por terminada su intervención y no prolongarla con ocultación o engaño tanto si se han alcanzado los objetivos propuestos, como si tras un tiempo*

razonable aparece que, con los medios o recursos a su disposición, es incapaz de alcanzarlos”

Bueno...¿en qué quedamos?, ¿se puede/debe mentir a los pacientes o no?. Pues a mi juicio las dos cosas a la vez y me explico: por un lado, los terapeutas asumimos una responsabilidad tan elevada sobre el bienestar de nuestros pacientes que debemos proveernos de todos los mecanismos a nuestro alcance que nos encaminen hacia éste mientras preservamos nuestra propia salud mental...y ciertas modalidades de mentira⁸ cumplen tales objetivos. Es más, ser brutalmente sincero en una situación de influencia tan elevada como la terapéutica cuando ello no suponga algún rédito para el proceso de recuperación del paciente es un abuso del poder que se nos otorga e implica una mala praxis, *“(...) dado que las intervenciones del terapeuta pueden generar una patología nueva sólo si el paciente las asume como verdaderas y válidas, entonces el riesgo yatrógeno presupone sentimientos de estima y de confianza hacia el terapeuta”* (Semerari, A. y Procacci, M. 1992).

Lo dicho no significa, empero, caer en el “todo vale” pues la ética del profesional de la psicoterapia exige límites férreos que le impidan causar más daño a sus pacientes del que se causan a sí mismos con sus problemas, máxime cuando la mentira y el autoengaño formen parte de ellos. En este sentido, la honestidad del terapeuta que nazca del respeto a sus pacientes es quizá la mejor arma para ayudarles y tiene que presidir nuestra labor en forma de actitud genuina, no postiza, *“He descubierto que cuanto más auténtico puedo ser en la relación, tanto más útil resultará esta última. Esto significa que debo tener presentes mis propios sentimientos, y no ofrecer una fachada externa, adoptando una actitud distinta de la que surge de un nivel más profundo o inconsciente. Ser auténtico implica también la voluntad de ser y expresar, a través de mis palabras y mi conducta, los diversos sentimientos y actitudes que existen en mí. Esta es la única manera de lograr que la relación sea auténtica, condición que reviste fundamental*

⁸ Mucho habría que debatir al respecto pero me refiero sobre todo a aquellas “mentiras” basadas en exagerar lo bueno del paciente (en caso de que haya algo bueno que exagerar) y en dulcificar lo malo (que no negarlo) por un lado y a las “mentiras” que el terapeuta usa para salvaguardar su vida personal (siempre que no nazcan de una actitud defensiva), para expresar los sentimientos negativos que el paciente pueda provocarle y para compartir con él cualquier opinión, juicio o pronóstico que le pueda afectar sin que ello suponga beneficio terapéutico alguno.

importancia. Sólo mostrándome tal cual soy, puedo lograr que la otra persona busque exitosamente su propia autenticidad.” (Rogers, C. 1972)

III. PSICOTERAPIA DEL AUTOENGAÑO

Algunos de mis compañeros de la Fundación Instituto Spiral y yo mismo publicamos en 2008 un artículo titulado “Psicoterapia del Autoengaño” (Sirvent, C., Rivas, C., Palacios, L., Blanco, P. y Moral, M.V. 2008) en el que se explica pormenorizadamente el protocolo de intervención creado para abordar este fenómeno. Con permiso de mis compañeros y al objeto de no redundar en lo ya escrito, voy incluir en este epígrafe un extracto del artículo mencionado con aquellos apartados y párrafos esenciales (algunos utilizados previamente) que permitan ofrecer siquiera un somero acercamiento a este complejo campo de la psicoterapia.

Importancia del autoengaño en salud mental

“Muchos sujetos viven instalados en el autoengaño sin que éste le suponga un problema relevante. Pero un paciente, es decir –un sujeto que sufre en relación con su autoengaño- no puede permitirse el lujo de mantenerlo porque, o no sanará nunca, o recaerá sin siquiera darse cuenta. Necesariamente el afectado tiene que terminar un tratamiento con ideas claras a este respecto y, si recidiva, que por lo menos sepa el por-qué sin confusiones. En cualquier caso, siempre es preferible que el sujeto elimine elementos de autoengaño.”

“El autoengaño patológico está presente en buen número de procesos, sobre todo aquellos que son susceptibles de recaer, es decir, un curso episódico, y no tienen naturaleza psicótica ni endógena (salvo la abajo citada). Por lo común contendrían alteraciones neuróticas y las siguientes nosologías de la clasificación CIE 10: trastornos adaptativos, somatomorfos, disociativos, de la conducta alimentaria facticios, de la personalidad, adicciones, simulación, trastornos de estado de ánimo, incumplimiento terapéutico, duelo, problemas de identidad, biográficos, etc. En definitiva -y como se ha referido- es patrimonio del mundo de las neurosis aunque se presenta en cierto tipo de psicosis, sobre todo las de tipo paranoide (incluyendo esquizofrenias) dañando la parte conservada de conexión con el mundo real.”

“En el ámbito de las adicciones, el autoengaño es uno de los más importantes factores de recaída. Datos de Cummings, Marlatt y Gordon (1994) estiman que un 68% de adictos que recibieron tratamiento recayeron bajo la influencia directa e indirecta del autoengaño. Y - lo que es más grave - se erigía en principal causa de recaída (un 51%) de drogodependientes que habían realizado programas de larga duración. Este hallazgo nos permite asegurar que el abordaje de este fenómeno es imprescindible para prevenir recaídas”

Psicoterapia del autoengaño

“Dos son los elementos de trabajo que aplicaremos para neutralizar el autoengaño patológico: el Inventario de autoengaño y mixtificación (IAM) (© Sirvent, 2007) y la espina de Ishikawa.

El inventario de autoengaño IAM consta de 50 ítems que proporcionan resultados en una escala general, cuatro dimensiones y doce componentes. Resulta un utilísimo instrumento para diseccionar la naturaleza y peculiaridad del autoengaño, sirviendo para detectarlo y concentrar los esfuerzos psicoterapéuticos en aquellas dimensiones y componentes más desestructurados o alterados.

(...) La espina de pescado de Ishikawa es un ingenio didáctico que sirve para sistematizar y contemplar globalmente tanto el perfil de autoengaño de cada sujeto como el plan de trabajo a implementar.”

Ejes del Abordaje Psicoterapéutico del Autoengaño

I. EJE EVALUATIVO

Inventario de autoengaño y mixtificación (Sirvent, C. 2007) con 4 dimensiones y 12 componentes todas ellas operativas terapéuticamente.

II. EJE DIDÁCTICO

Espina de Ishikawa, que sirve para sustanciar los elementos de autoengaño versus conciencia del problema, para neutralizar lo equívoco y reforzar lo certero (y saludable al mismo tiempo).

III. EJE TÉCNICO

Técnicas basadas en dos modelos: el integrador (que utiliza elementos transteóricos procedentes de diferentes escuelas y autores como Norcross, Malan, Beitman, etc.) y estrategias de orden sistémico-psicodramático (Cancrini, Sluzki, Selvini, Moreno, Población y otros).

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco, P. y Sirvent, C. *Mixtificación, adicción y psicoterapia*. 2008.
- Delmonte M. *Use of non-verbal construing and metaphor in psychotherapy*. International Journal Of Psychosomatics: Official Publication Of The International Psychosomatics Institute 38(1-4). 1991.
- Fernández, A. y Rodríguez, B. *La práctica de la psicoterapia: la construcción de narrativas terapéuticas*. Desclée de Brouwer. 2001.
- Goldberg C. *The Pursuit of the Fictional Self*. American Journal of Psychotherapy 58(2). Psychology and Behavioral Sciences Collection. 2004.
- Goldberg, C. y Crespo, V. *The Personal-Story Approach*. American Journal of Psychotherapy 57(3). Psychology and Behavioral Sciences Collection. 2003.
- Ibáñez, T. *¿Cómo se puede no ser constructivista hoy en día?*. Revista de Psicoterapia. Vol. III. Nº 12. 1992
- López, E. y Población, P. *La escultura y otras técnicas psicodramáticas aplicadas en psicoterapia*. Paidós. 1997.
- Mesa, P.J. *Fundamentos de psicopatología general*. Pirámide. 1999.
- Palacios, L. *Psicoterapia de los trastornos de personalidad en adictos*. Revista Española de Drogodependencias. 2007.
- Población, P. *Teoría y práctica del juego en psicoterapia*. Fundamentos. (1997).
- Porcel, M. y González, R. *El engaño y la mentira en los trastornos psicológicos y sus tratamientos*. Papeles del psicólogo. 2005
- Prochaska, J. y Prochaska, J. *¿Porqué no se mueven los continentes?. ¿Porqué no cambian las personas?*. Revista de Psicoterapia. Vol. XII. Nº 46-47. 2001.
- Rogers, C. *Psicoterapia centrada en el cliente*. Buenos Aires. Paidós. (1966).
- Rogers, C. *El proceso de convertirse en persona*. Buenos Aires. Paidós. (1972).
- Safer M, Keuler D. *Individual differences in misremembering pre-psychotherapy distress: personality and memory distortion*. Emotion (Washington, D.C.). 2(2). 2002.
- Sayers G, Perera S. *Withholding life prolonging treatment, and self deception*. Journal Of Medical Ethics. 28(6). 2002.
- Semerari, A. y Procacci, M. *Los efectos patógenos de la psicoterapia*. Revista de Psicoterapia. Vol. III. Nº 12. 1992.
- Sirvent, C. *“Autoengaño y adicción”*. Revista Norte de Salud Mental. Bizcaia. nº 26, pp 39-49 Noviembre 2006
- Sirvent, C. *Autoengaño y adicción, clínica y psicoterapia*. III Symposium Nacional de Adicción en la Mujer. Instituto Spiral. Publicado por la Agencia Antidroga de la CC. AA. de Madrid. 2007.
- Sirvent, C; Blanco Zamora, P., López Pérez B. *Psicopatología del autoengaño en adictos*. Interpsiquis. 2007.
- Sirvent, C. *“La sociopatía adquirida”*. Revista Española de Drogodependencias. Valencia. Vol. nº 32, pp 310-342. Diciembre 2007
- Sirvent, C. y Blanco, P. *La mentira transformada*. Interpsiquis. 2007.
- Sirvent, C., Rivas, C., Palacios, L., Blanco, P. y Moral, M.V. *Psicoterapia del Autoengaño*. Interpsiquis. 2008.
- Watzlawick, P. *La realidad inventada*. Gedisa. 1988.
- Watzlawick, P., Weakland, J.H. & Fisch, R. *Cambio*. Herder. 1985.
- Watzlawick, P. *¿Es real la realidad?: confusión, desinformación, comunicación*. Herder. 2001.

¿ACASO SE PUEDEN DETECTAR LAS MENTIRAS? MITOS Y REALIDADES

Francisco Javier Labrador
Catedrático de Modificación de Conducta.
Universidad Complutense

La verdad es una construcción individual y social, por lo que habrá tantas verdades como puntos de vista. La mentira puede definirse como la acción de una persona con tiene el propósito deliberado de engañar a otra.

Sin embargo, desde siempre ha sido un objetivo el intentar saber “la verdad” en especial desde las distintas estructuras de poder: religioso, militar, político económico, etc. No obstante las investigaciones más importantes en la actualidad se han desarrollado alrededor del ámbito judicial.

Pero sea cual sea la época, el grupo o persona que trata de detectar las mentiras, se ha basado siempre en un mismo supuesto, que además es falso: A la persona que miente se le nota porque se pondrá nervioso temiendo que le descubran. Por ello presentará algunos cambios cuando miente, que si se está suficientemente atento y preparado se pueden identificar y así detectar que está mintiendo.

Los cambios señalados han sido muy variados: alteraciones del habla o del discurso, gestos, posturas, señales corporales, alteraciones en sus respuestas fisiológicas, etc. Pero... la realidad no parece que sea así de fácil. Ciertamente se ha cambiado, parte, en estos intentos de “detección” de la mentira, pero es evidente que si esto fuera fácil las personas mentirían menos.

En un breve recorrido histórico se puede constatar cómo, si se rastrea en épocas pretéritas, se pueden encontrar procedimientos muy variados e ingeniosos. No obstante simplificando mucho la realidad se puede señalar cómo en épocas remotas los esfuerzos iban principalmente encaminados a “obligar” a decir la verdad. Los procedimientos habituales se basaban en infligir dolor o muerte, con métodos más

simples (latigazos) o más sofisticados (hinchar con agua, la cuna de judas, etc.) .Parece que de esta forma se conseguían “confesiones”, pero no necesariamente la verdad.

Hoy en día estos métodos no se admiten oficialmente, al menos en las sociedades avanzadas, pero... con relativa frecuencia hay constancia de que se siguen usando.

Una alternativa más reciente y quizá más “civilizada” ha sido el uso de “la droga de la verdad”, aunque más adecuado sería decir las drogas de la verdad (escopolamina, Metoxital, amital sódico y tiopentato sódico o pentotal sódico-). Pero la evaluación científica señala que apenas tienen efectos en quien no quiere contar nada.

Una directriz posterior en esta búsqueda han sido los intentos de “identificar” (no obligar) si se dice la verdad. Es decir, la credibilidad de lo informado. El polígrafo, denominado en algunos casos “detector de mentiras” ha sido el instrumento más famoso para lograr este objetivo. Pero los distintos procedimientos desarrollados para su aplicación han llegado a resultados muy similares: “El detector de mentiras, o polígrafo, no detecta mentiras sino sólo respuestas fisiológicas que se supone que pueden deberse a causas emocionales”. Los métodos desarrollados para detectar mentiras no tienen fundamento científico (no más que la astrología).

Otras alternativas, en esta dirección de “identificar” si se dice la verdad se han dirigido a evaluar otras respuestas como la dilatación pupilar, la expresión facial, el rubor, movimientos de pies y mano, contacto visual, orientación corporal... incluso niveles de activación diferenciales en distintas áreas cerebrales. Pero los resultados han sido similares, ninguno de ellos es un índice capaz de identificar si la persona miente o no.

Un grupo importante de esfuerzos se ha dirigido, más recientemente, en otra dirección: analizar las conductas verbales de la persona, en especial los contenidos de sus declaraciones, o el utilizar tareas interferentes a la hora de hacer las declaraciones. También se está dando especial importancia a los “análisis de credibilidad”. Pero hasta la fecha no ha habido grandes logros.

Detectar mentiras no es simple. Uno de los problemas es el cúmulo de información; hay demasiadas cosas que tener en cuenta a la vez, demasiadas fuentes de información: palabras, pausas, sonido de la voz, expresiones, movimientos de la cabeza, ademanes, posturas, la respiración, el rubor o el empalidecimiento, el sudor, etc. Y todas estas fuentes pueden transmitir la información en forma simultánea o superpuesta, rivalizando así por la atención del cazador de mentiras. Lo curioso es que la mayoría de la gente presta mayor atención a las fuentes menos fidedignas (las palabras y las expresiones faciales), y por ende se ve fácilmente desorientada.

La conclusión es bastante contundente: No hay ningún signo o índice, en sí, de estar mintiendo. No hay ningún procedimiento suficientemente eficaz y confiable. Sólo hay indicios de posible mentira, o mejor de que su preparación para mentir ha sido deficiente.

ELOGIO Y CRÍTICA DE LA MENTIRA

Ignacio Mendiola

*Departamento de Sociología 2. Facultad de CC. SS y de la Comunicación
Universidad del País Vasco.
Bº Sarriena s/n. 48940 Leioa. Bizkaia
e-mail: ignacio.mendiola@ehu.es
Tfno: 94 601 51 46*

La alusión al carácter mendaz de lo social imbrica un silencio y una práctica. Un silencio que se vierte en la escasa presencia de reflexiones en torno a la mendacidad y, asimismo, una práctica que alude al hecho ineludible de que, pese a la condena moral que lleva consigo, la mentira es un componente más de la cotidianidad que habitamos. Convivimos con la mentira y con la ausencia de reflexiones sobre la misma. Ante esta discrepancia, cabría preguntarse si la mentira remite a un hecho menor, a una cierta dimensión de lo social carente de la más mínima profundidad ontológica que no exigiría, en virtud de su propia irrelevancia, la tarea del pensar. La mentira sería un hecho execrable pero, a fin de cuentas, comportaría algo banal, algo que ya sabemos qué es y que, por ello, no merece recabar atención: se miente como estrategia de ocultación o tergiversación que busca la obtención de un beneficio propio.

Sin embargo, una mirada más pausada no tardará en apercibirse que la mentira exige y demanda la tarea del pensar porque la propia vivencia de lo social se tornaría inhóspita si se viese despojada de la práctica mendaz. Con razón afirmaba Borges en *Fragmentos de un evangelio apócrifo* que no hay que exagerar el culto de la verdad: “No hay hombre que al cabo de un día, no haya mentido con razón muchas veces”. *Mentimos*: la vivencia de la cotidianidad en modo alguno es ajena al mentir y, por ello, la mentira confiere una forma, en el específico modo en que es practicada, a la existencia. La constatación de lo evidente -el hecho mismo de mentir- se transmuta en un interrogante: ¿cuál es la especificidad del escenario que abre la mendacidad? ¿Qué dimensiones se agolpan en su interior? En este sentido, la pregunta por la mendacidad es también una pregunta que también inquiere, aunque sea de soslayo, por esa otra mirada, dominante, que niega la importancia sociológica de la mentira. Si damos la razón a Walter Benjamin cuando afirma que “quien cuida los modales pero rechaza la

mentira, se asemeja a alguien que, si bien se viste a la moda, no lleva camisa”, cabría concluir, igualmente, que hay algo ridículo en la sociología que se preocupa por el modo en que se estructura lo social obviando su carácter mendaz.

Quizás no sea aventurado afirmar que la referencia más relevante sobre la mentira en la historia de la sociología sea el memorable ensayo de Simmel titulado *El secreto y la sociedad secreta*. Y no es casual que sea un pensador preocupado con los matices, con la aventura, con los territorios fronterizos, que aborda en toda su profundidad el carácter paradójico de lo social en su proceso mismo de constitución, el que dedique una especial atención a la mentira. No se trata ya de retomar planteamientos moralistas que ahondan en la impudicia del mentir sino de acometer el ejercicio de pensar la importancia sociológica de la mentira: “El valor negativo, que en lo ético, tiene la mentira, no debe engañarnos sobre su importancia sociológica, en la conformación de ciertas relaciones concretas” (Simmel, 1986: 365). La realidad en la que estamos inmersos no es aprehensible en su totalidad, en ella se agolpan elementos contrapuestos, tensiones irreductibles, paradojas que entreveran lo que parece oponerse. En esta urdimbre que es lo social, la mentira comienza ya a adquirir una importancia ineludible toda vez que alude al modo en que se trenza un relato por medio del cual (nos) contamos lo que sucede, al tiempo nos entreveramos cotidianamente con los otros en el transcurso de esos relatos narrativos: la mentira nos abre al sentido y a la relación.

El dar cuenta de lo sucedido no puede ser ya sinónimo de una verdad inmaculada, de un relato ingenuo que busca volver a habitar el desvalido e inexistente punto de Arquímedes desde el cual reeditar el mito de la omnisciencia: en el dar cuenta de lo sucedido, los ejes que remiten a lo que sucede y a cómo nos contamos lo que sucede, dejan de ser compartimentos estancos para conformar una red inextricable que conexiona en formas variables veracidad y mendacidad. Del mismo modo, ese relato que nos permite narrar lo que (nos) sucede, nos permite, en virtud de que todo relato es dialógico, relacionarnos con los otros, articulando así un modo lábil y contingente de vínculo social en donde la mentira ocupa un lugar que alude no tanto a algo visible y cosificado sino a aquello que posibilita el engranaje mismo de la relación, aquello que fluidifica el estar con los otros, incluso cuando el otro forma parte de nuestra intimidad: “Las relaciones de carácter íntimo, cuyo soporte formal es la proximidad corporal y

espiritual, pierden su encanto e incluso el contenido de su intimidad, si la proximidad no incluye, al propio tiempo y en alternativa, distancias y pausas (...); las relaciones presuponen igualmente una cierta ignorancia, una cantidad de mutuo disimulo, que naturalmente varia en sus proporciones hasta lo infinito. La mentira no es más que una forma grosera, y en último termino, contradictoria frecuentemente, en que se manifiesta esta necesidad. Si es cierto que a menudo destroza la relación, también lo es que *cuando la relación existe, la mentira es un elemento integrante de su estructura*” (Simmel, 1986: 365; el subrayado es nuestro).

No hay relación sin mentira: éste habría de ser el punto de partida, el fundamento que apuntala inequívocamente la importancia antropológica y sociológica de la mentira y que, exige, por ello, su toma en consideración. No se trata, repetimos, de juzgar moralmente sino de ubicarnos en una postura extra-moral que inquiere en lo que nos da la mentira. Y la mentira, decíamos, nos da la posibilidad del sentido y del vínculo. Por ello, las reflexiones siguientes habrán de volcarse en la especificidad del mentir tanto en lo que remite al sentido como al vínculo, no como elementos diferenciables y sí como ejes entrelazados a cuyo través se estructura la vivencia de lo social. Ello nos exigirá, asimismo, liberarnos de ciertos hábitos intelectuales que han impedido pensar en toda su complejidad la mentira.

Comencemos por un hábito que recorre y configura la epistemología moderna, el hábito que opone verdad a mentira. El viejo modelo epistémico *adaequatio rei et intellectus* contrapone una única verdad incontestable a una alteración de la misma que estaría caracterizada por el mentir. Montaigne, en sus célebres *Ensayos*, ya había afirmado que “si así como la verdad, sólo tuviese la mentira una cara, mejor nos iría. Pues consideraríamos cierto lo opuesto a lo que el mentiroso dijera. Mas el reverso de la verdad tiene cien mil caras y un campo infinito” (1985: 73). La verdad tan sólo posee el rostro de la nítida clarividencia que, en última instancia, el conocimiento científico habrá de proporcionarnos. Sin embargo, cabe preguntarnos qué sentido tiene mantener este sentido positivista de la verdad, qué sentido tiene oponer verdad y mentira como si éstas designasen realidades antitéticas que no pueden solaparse, retroalimentarse en la producción de relatos que entreveran lo veraz y lo mendaz. La conocida aseveración con la que Nietzsche inicia su ensayo *Sobre la verdad y mentira en un sentido extramoral*,

abre, por el contrario, otra vía por la que es necesario transitar: “En algún punto perdido del universo, cuyo resplandor se extiende a innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue aquél el instante más mentiroso y arrogante de la historia universal”. El conocimiento se entrevera así con la polemología, con el conflicto, con una lucha desde la que se dictamina aquello que se toma por verdad. *La verdad no nos pre-existe*, tan sólo es una consecuencia abigarrada de toda una serie de procesos sociales que vienen a establecer, bajo determinadas circunstancias, un determinado *régimen de verdad*. El ingenuo modelo de la adecuación se transmuta así en una *política de la verdad* (Foucault, 1998: 29) que indaga en las racionalidades y técnicas por medio de los cuales se articula una verdad, cada verdad, ineludiblemente polemológica.

Esto no nos arroja a los brazos de un falaz relativismo, tan sólo nos aleja de una autocomplaciente verdad (que nunca dice su verdad) para confrontarnos con el modo en que diferentes relatos se contraponen en su pugna por mantenerse y resistir los embates de otras posibles definiciones de la realidad. La verdad no remite al ser de las cosas, a una supuesta esencia que se mantiene inalterable sino que ahonda, por el contrario, en el proceso dinámico del estar siendo, del acontecer. Pero aquí ya comienza a resultar extremadamente fútil acometer la tarea de escindir la verdad de la mentira porque ambas van ya entretrejidas, componiendo el sentido de aquello que (nos) sucede. El sofista que inquiere en el falso sentido de lo que se presenta como inalterable, se erige así en un momento clave en la genealogía de un rescate de la mentira de las turbias aguas del positivismo. La verdad, recordemos el célebre dictamen nietzscheano, es una ilusión que ha olvidado que lo es: “Ciertamente, el hombre se olvida de que su situación es ésta; por tanto miente de la manera señalada inconscientemente y en virtud de hábitos seculares –y precisamente en virtud de esta inconsistencia, precisamente en virtud de este olvido, adquiere el sentimiento de la verdad” (Nietzsche, 1980: 10).

En la traslación del modelo de verdad como adecuación a un modelo que inquiere en el carácter polemológico de toda verdad, emerge, en consecuencia, la importancia seminal de la mentira en tanto que apertura al sentido: “Lo que ocurre no miente –es siempre y sólo lo que ocurre. Pero ello no quiere decir que ocurra como se dice que ocurre. Son los hombres quienes mienten – son los mitos quienes nos engañan”

(Morey, 1988: 19). El relato que nos abre al sentido –porque no hay sentido sin relato que *construye* pasados y futuros para cada presente- es el relato que (nos) dice lo que (nos) sucede pero en un decir que no puede ser emisario de una verdad impoluta sino tan sólo un decir que enhebra aquello que sucede con el modo en que nos contamos lo que sucede. Todo relato lleva la impronta de un alejamiento de la falaz verdad positivista: “Lo falso -en palabras de Steiner- no es, salvo en el sentido más formal o puramente sistemático, una falta de adecuación a los hechos. Es un agente dinámico y creador. La facultad humana para enunciar cosas falsas, para mentir, para negar lo que es, está en el núcleo mismo del lenguaje y anima la reciprocidad entre las palabras y el mundo”.

Sin embargo, esta presencia irreductible de la mentira en el sentido, en modo alguno nos habría de arrojar a una fútil autocomplacencia que admitiese aquello que hace o dice *cualquier* mentira. Pensar la mentira exige acometer la tarea de desmentirnos, de inquirir en los límites que impone cada sentido, cada relato. Es este el impulso que palpita en las intempestivas nietzscheanas, que buscan alejarse de ese *último hombre* carente del más mínimo asomo de voluntad: “Mi suerte quiere que yo tenga que ser el primer hombre *decente*, que yo me sepa en contradicción a la mendacidad de milenios. Yo soy el primero que ha *descubierto* la verdad, debido a que he sido el primero en sentir -en oler- la mentira como mentira (...) Sólo a partir de mí existe en la Tierra la *gran política*” (1998: 136; subrayado del autor). La mentira nos abre al sentido pero lo hace, irremediabilmente, bajo la forma de un límite que establece el ámbito de lo pensable, de lo factible; la tarea de desmentirnos no es sino la tarea de indagar en el modo en que se articula ese límite, en los sentidos que incorpora y, en consecuencia, en el modo en que dichos sentidos pueden ser problematizados en tanto que apertura a otros sentidos, otros límites, otras formas más propias de mentir(nos); la gran política nietzscheana conlleva la erradicación de cualquier asomo de autocomplacencia que impida acometer, hasta donde sea posible, el desdecirnos de las mentiras que se nos dicen.

Pero en el trascurso de estas reflexiones que nos alejan del viejo modelo de la verdad como adecuación para arrojarnos a la tarea de desmentirnos de las mentiras que (nos) contamos, irrumpe la necesidad de alejarnos de otro viejo hábito intelectual que

remite al modo en que la mentira permea el vínculo social. Otro hábito que impide comprender el modo en que acontece el mentir porque circunscribe la mentira a un acto intencional del hablante que miente porque *quiere* mentir: la mentira *antes* de ser proferida ha de ser pensada, meditada. Podemos traer a colación en tanto que propuesta que inaugura una corriente de pensamiento que reduce la mentira a la intencionalidad, la ya clásica definición de San Agustín en la que se aduce que mentir es decir lo contrario de lo que uno piensa con la intención de engañar: en la mentira ya no hay lógicas contrapuestas, tensiones irreductibles, tan sólo la pérvida intencionalidad de un hablante que busca el beneficio propio. Derrida (1995) en su conferencia *Historia de la mentira: prolegómenos*, afirmará que “mentir siempre querrá decir engañar intencionalmente a otro, en conciencia, sabiendo lo que se oculta deliberadamente, por ende, sin mentirse a sí mismo. El sí mismo, al menos si la expresión tiene sentido, excluye la mentira a sí mismo”. Por su parte, Bettetini en su *Breve historia de la mentira* parte de la premisa de que “habrá mentira cuando haya intención de engañar a un tercero (...) Trátese de una pretensión o de una intención de engañar, la mentira es el acto de voluntad de un sujeto libre” (2002: 17).

Pero si ya hemos convenido que la mentira alude a la narración que nos abre al sentido de lo que (nos) acontece, tendríamos que concluir que la intencionalidad en modo alguno puede erigirse en la única vía de entrada al análisis del mentir puesto que el relato que incorpora una dimensión mendaz está constituido, en mayor medida, por un rumor anónimo, un se dice, se piensa, que antecede al sujeto empírico y le posibilita sin determinarle. El sujeto como pliegue de un murmullo no miente porque quiere mentir, miente porque está incardinado en narraciones que arrastran un ineludible poso mendaz, porque son éstas también las que hablan cuando el sujeto empírico habla; esas narraciones en las que podemos entrever el rostro de la necesidad del progreso tecnocientífico, de las promesas que anuncian las distintas religiones o de los requerimientos a los que nos conminan regímenes políticos disímiles. Tan sólo es posible hacer, pensar o decir desde ese trasfondo pre-subjetivo que nos hace, nos piensa y nos habla. La reducción de la mentira a la intencionalidad tiende a llevar la impronta de una condena moral que hace recaer en el hablante la decisión última del deseo de mentir, obviando así cuáles son las condiciones de posibilidad del discurso mismo, de la propia mentira.

La condena moral que quizás encuentre sus plasmaciones más paradigmáticas, por una parte, en la caracterización kantiana (1986) de la verdad como un *deber incondicional* que no puede ser problematizado en función de las características específicas de cada situación y, por otra, en la exigencia rousseauniana (1976) de una *transparencia inequívoca* que habría de establecer una correspondencia nítida entre la interioridad y exterioridad de lo humano en la pretensión por alcanzar un *hombre uno*, demanda, en última instancia, un vínculo social carente de máscaras, de oquedades en las que podamos salvaguardar conductas o pensamientos que no deseamos comunicar. Recordemos que Yago, el arquetipo de los mentirosos, se había definido a sí mismo en los siguientes términos: *yo no soy el que soy*. La condena moral exige, en el destierro de la mentira, que seamos lo que somos. Lo que aquí está en juego ya no es tanto la anteriormente aludida vertiente antropológica del mentir, aquella que nos incardina con una significación tan contingente como necesaria, cuanto una dimensión de carácter más sociológico que ahonda en el propio vínculo social exigiendo lo que, desde nuestra propia práctica de lo cotidiano ya sabemos: que mentimos, que precisamos de la mentira para poder vivir, para poder horadar refugios en donde entrelazarnos con los otros.

El *hombre uno*, sin máscaras –esas máscaras que celebrará Oscar Wilde en su elogio de la mentira-, constituyen el basamento de un vivir sin secretos en el que ya no hay ningún resquicio en el que poder ocultarse, en donde el vivir mismo deviene azotado por los vientos de una inclemente transparencia que dejan al sujeto ex-puesto ante los demás. Frente al inquietante *hombre uno*, la mentira nombra, por su parte, una exigencia irrenunciable que remite a un refugio de temporalidad variable; un refugio evanescente al que podemos acogernos en momentos puntuales de la existencia (aludamos, por ejemplo, al socorrido encantado de haberle conocido) para ocultar determinados actos o pensamientos o, por el contrario, un refugio de largo alcance (una infidelidad duradera, pero también cualquier silencio que no dice lo que piensa; no sin razón afirmaba Stevenson que las mentiras más crueles se dicen en silencio) que se ha adherido ya a nuestra existencia conformando una persistente identidad mendaz. El refugio mendaz puntea el devenir de lo social articulando un proceder dotado de múltiples formas -como bien apuntaba Montaigne- desde el que encarar la vivencia social sin quedar expuestos a la violencia soterrada que palpita en la alusión al *hombre*

uno proferida por Rousseau. La importancia antropológica y sociológica del refugio se vierte así en los refugios contingentes que atraviesan y configuran la cotidianidad.

Pero no es menos cierto el hecho, tantas veces experimentado, de que el refugio rara vez se asemeja a una sólida construcción inalterable que resiste impertérrito el envite de la introspección; el refugio tiene que ser trabajado, reconfigurado, atendiendo al modo en que lo exijan las circunstancias: la construcción de un refugio mendaz en donde un minucioso diseño haya evacuado todo vestigio de duda, de contradicción, vendrá a concitar nuestra propia duda porque lo social se construye a base de jirones, de paradojas. A la mentira que se quiere perfecta le sobrevuela ya una sombra imborrable de recelo. El refugio comporta, por ello, una cierta precariedad que se acentúa sobremanera cuando el que ha proferido una mentira se apercibe de la imposibilidad misma de poder sustentar ya el refugio mendaz: la confrontación con la mentira no es sino la quiebra del refugio, la imposibilidad de habitar en la oquedad en la que nos resguardábamos arrojándonos así a una ineludible confrontación con el otro al que se ha mentido. El hombre mendaz carente de refugio es el hombre al que le acecha la soledad que comporta la ausencia de credibilidad. Sobre el hombre desvalido, sin refugios, sobrevuela el contundente dictamen nietzscheano: “No es que me hayas mentido, sino el que ya no te crea a ti, eso es lo que me ha hecho estremecer”.

La mentira, lejos de ser aquello que imposibilitaría el establecimiento de un vínculo social, es un refugio que posibilita la vivencia misma de lo social. Y, por ello, la mentira reclama y exige un elogio por todo aquello que nos da, pero también exige una pregunta que inquiere en el específico escenario político que abre *cada* mentira porque si bien la mentira puede ser elogiada, no merece, sin duda, elogio aquella mentira que pretende borrar el rostro del otro. Tras la constatación de la imperiosa necesidad de la mentira la pregunta por el sentido que se nos propone, por el vínculo que nos entreteje con los otros, deviene urgente. Pensar la mentira se convierte así en la tarea de pensar la forma en que se construye y mantiene el refugio de temporalidad variable que nos permite vivir pero también, ineludiblemente, ese pensar exige incorporar la necesidad de poder desmentirnos de las mentiras que se (nos) cuentan, la posibilidad, en definitiva, de problematizar el sentido y el vínculo para acceder a otros refugios en donde el sujeto recupere el rostro antes borrado.

BIBLIOGRAFÍA

- Bettetini, M. (2002) *Breve historia de la mentira. De Ulises a Pinocho*. Madrid: Cátedra.
- Derrida, J. (1995) *Historia de la mentira: prolegómenos*. Disponible en <http://personales.ciudad.com.ar/Derrida/mentira.htm>
- Foucault, M. (1998) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Kant, I. (1986) “Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía”, en *Teoría y práctica*. Madrid: Tecnos.
- Montaigne, M. (1985; 1987) “De los mentirosos” y “Del mentir” en *Ensayos I y II*. Madrid: Cátedra.
- Morey, M (1988) *El orden de los acontecimientos. Sobre el saber narrativo*. Barcelona: Península.
- Nietzsche, F. (1980) *Verdad y mentira en sentido extramoral*. Valencia: Teorema.
- Nietzsche, F. (1998) *Ecce homo*. Madrid: Alianza.
- Rousseau, J. J. (1976) *Las meditaciones de un paseante solitario*. Barcelona: Labor.
- Simmel, G. (1986) “El secreto y la sociedad secreta”, en *Sociología*. Madrid: Alianza.

GRANDES MENTIRAS EN TIEMPOS PRESENTES

José María Martínez Selva

“*Mazacote de carne humana. Que ha hecho con cada palabra del mundo una mentira*”.

Cormac McCarthy, *La carretera*, 2006.

Hablar y escribir sobre la mentira deja un sabor amargo. Joseph Conrad, en *El corazón de las tinieblas*, comparaba la mentira al sabor de la carne podrida. Se trata de describir el mal, de un mal próximo, que está en todas partes. Pero cuando se habla de la gran mentira estas sensaciones amargas se multiplican.

Tras abordar en una obra anterior la psicología de la mentira cercana y cotidiana, me embarqué en la descripción de las grandes mentiras y de los grandes mentirosos. Un mundo más cercano de lo que parece, y tan desagradable como fascinante. Lo que más llama la atención de la gran mentira es su carácter perdurable.

Utilicé la metáfora del *Libro de Arena*, cuento de Jorge Luis Borges, ese libro de infinitas páginas sin principio ni fin, en *La Gran Mentira* (Paidós, 2009) para expresar el número incalculable e interminable de grandes mentirosos y de grandes fraudes. No sólo los producidos y descubiertos hasta ahora, sino los que continuarán apareciendo y prolongarán ad eternum un hipotético volumen que los relate, convirtiendo la tarea de su descripción en enojosa e interminable. El hilo de mi intervención son una serie de preguntas que ayuden a mejorar los grandes engaños.

¿Qué es una gran mentira?

Las grandes mentiras son muy variadas. Afectan a muchas personas, tratan de temas hacia los que existe una gran sensibilidad pública o se extienden durante mucho tiempo. También puede hablarse de una gran mentira en el caso del impostor: cuando una persona oculta o inventa hechos de su pasado, lleva una doble vida, crea una nueva personalidad o suplanta a otra.

¿Quiénes son los grandes mentirosos?

Para empezar, hay que hablar de personas con problemas psicopatológicos, como ocurre con los mitómanos, quienes mienten de forma compulsiva. Sin embargo, los casos psicopatológicos son más bien raros. Lo más frecuente es que se trate de fabuladores, de personas con inventiva, especialmente dotadas para mentir y que han practicado mucho, o de personas a quienes las circunstancias de la vida les colocan en una posición de poder de la cual se benefician. La excepción la proporciona Internet que ha socializado la gran mentira y permite a cualquiera distribuir por la Red una falsa noticia. Se puede así ser un gran mentiroso, aunque sólo sea por unas horas.

Hay fabuladores que aprovechan una ocasión, a veces una gran tragedia, para construir una invención y hacerse famosos, llamar la atención de los demás o sentirse importantes. Un ejemplo sería el caso de Alicia Esteve/Tania Head, quien simuló durante meses ser una superviviente del 11-S hasta que fue descubierta. Suelen ser personas inteligentes, creativas, que no pueden evitar mentir y son conscientes de ello. Disfrutan impresionando y engañando a los demás, a cuantos más mejor, y no buscan siempre un beneficio económico. Los psicópatas destacan por el peligro que representan para sus víctimas, ya que sus actos destructivos sobre la vida y la hacienda sólo se detectan cuando ya es demasiado tarde.

Además de este grupo de fabuladores, están los sinvergüenzas y truhanes, personas que para conseguir algo (poder, dinero, avances en su carrera, fama) mienten. A veces son profesionales de la mentira, como los estafadores. En otras ocasiones son individuos a quienes el destino los sitúa en un cargo o con responsabilidades que les permiten aprovecharse de los demás, como ocurre con algunos políticos y empresarios.

Hay cierta asimetría entre los dos grupos. El fabulador puede convertirse en sinvergüenza, y muchos lo hacen, y caen en la tentación de aprovechar sus habilidades para quedarse con el dinero de la gente. Éste es el caso de los grandes estafadores, urdidores de tramas que deslumbran por su habilidad y osadía. Por otro lado, los sinvergüenzas no pueden convertirse en fabuladores, ya que carecen normalmente de dotes de fantasía y creatividad. Una vez descubiertos, los fabuladores se reinventan a sí mismos, le echan cara al asunto y vuelven a las andadas. En el fondo les da igual todo o casi todo. Se sienten superiores a los demás y empiezan una nueva vida o siguen la que llevaban tan tranquilos. El sinvergüenza, por su parte, paga sus culpas, pierde su credibilidad y ya no la recupera.

¿Por qué se miente a lo grande?

En el caso de los fabuladores, por no poder evitarlo, por razones psicológicas. En el de los truhanes y sinvergüenzas, por codicia, para tener más dinero, o más bienes, o para no perder algo o no sufrir sanciones. Además de la codicia, hay que destacar la ambición: obtener el poder, mantenerlo o dañar al contrario, lo que remite con facilidad al mundo de la política o de las luchas de poder dentro de empresas o instituciones. Siempre que hay incentivos hay posibilidades de que se dé el fraude.

En otras ocasiones se trata de llamar la atención o de destacar para adquirir fama y notoriedad, aunque sea por poco tiempo. Se deben incluir aquí quienes necesitan mantener una imagen pública, actividad continua para los que viven de profesiones basadas en ella. Vivimos en la cultura de la imagen y se otorga mucha importancia a la fama. Muchos jóvenes confiesan que prefieren ser famosos a ser ricos, porque piensan que ser famoso es un camino rápido para conseguir bienes económicos y de otro tipo. Además, vivimos en una sociedad en la que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías lo invaden todo. Esto actúa favoreciendo a los grandes embaucadores, aunque también permite su descubrimiento.

Con menos frecuencia, se da la gran mentira para proteger la vida y los bienes de una persona o de sus allegados, o cuando se intenta evitar un mal. En otras ocasiones las personas se ven obligadas a mentir a lo grande para sobrevivir y no ser perseguidas por sus creencias u opiniones.

Pero hay varias circunstancias que favorecen el engaño, por ejemplo que nadie se entere o que tarde en saberse. Estas circunstancias se ven favorecidas por la falta de controles o porque éstos sean laxos. Pero lo más grave es que no pase nada si a uno le pillan. En resumen, que el riesgo y el coste de ser descubierto sea muy bajo.

La tolerancia social hacia la mentira favorece que ésta abunde, es mayor en las sociedades mediterráneas y se manifiesta en nuestro país a través de muchas situaciones. Una es el elevado absentismo laboral, algo atenuado por la crisis económica, pero que continúa dentro de cifras altas. En relación con los impuestos, y según datos del propio Ministerio de Hacienda, cerca de la mitad de los españoles justifica el fraude fiscal. En otro orden de cosas, miles de padres mienten habitualmente para conseguir una plaza de colegio para sus hijos.

Por último, no hay gran mentira sin credulidad. Las relaciones sociales se basan en la confianza y en la credulidad. No se puede vivir en un estado de perpetua desconfianza. Ése es el hueco por el que la gran mentira se cuela en nuestras mentes, auxiliada a veces por la amplificación que proporcionan los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. La credulidad se acentúa por las emociones, por ejemplo las que surgen de la afinidad ideológica o de la propia vanidad o soberbia. Tendemos a creer, y alegrarnos de lo malo que le pasa a nuestros adversarios, en el fútbol y la política por ejemplo, y a hacer lo mismo con lo bueno que le ocurre a los nuestros. También solemos dar por válidos y sensatos, sin discusión, los juicios favorables a nuestra persona, nuestros hechos y opiniones.

¿Dónde se encuentran las grandes mentiras actuales?

La gran mentira se puede detectar en campos muy variados: la política, el periodismo, el deporte, Internet, ciencia, empresa. Voy a referirme a los casos más recientes.

Continúan apareciendo impostores, secuelas de los conocidos Pianoman y Canoeman, como el “niño del globo”. Este es un curioso ejemplo, en el ámbito de los medios de comunicación y de la búsqueda de la fama, y a través de ella del dinero, que protagonizó la familia Heene. A mediados octubre de 2009, el señor Heene residente en Denver, llamó a la policía diciendo que su hijo menor viajaba solo y por accidente en un globo de helio por los cielos del estado de Colorado. Mientras se interrumpía el tráfico aéreo en todo el estado, un helicóptero siguió al globo de helio hasta su aterrizaje. Se comprobó entonces que en su interior no había ningún niño. Poco después el menor salía del desván de su casa, donde sus progenitores le habían encerrado. Unos padres en busca de notoriedad habían provocado este incidente, atrayendo la atención de todo el mundo durante unas cuantas horas.

Un caso extremo, también reciente, de búsqueda de notoriedad, que se puede enmarcar como un caso de síndrome de Münchhausen, es el de una madre británica que maltrató a su hijo y le hizo simular que padecía una larga serie de enfermedades. Le obligaba a ir en silla de ruedas, utilizar un respirador artificial y seguir diferentes tratamientos para sus dolencias inventadas.

Política

En el ámbito de la política, y en el mundo cercano de la corrupción, se destapó el caso Gürtel aún sub iudice, que sigue llenando páginas y páginas de los periódicos. Se cuentan por decenas los casos judiciales similares abiertos. Hace dos días, como sabrán por los medios de comunicación, se ha destapado un nuevo caso en mi propia ciudad.

La mentira política en sí misma merece un manual. Suele ser un lugar común decir que los políticos son grandes mentirosos. También el mundo de la política tiene sus propias especialidades. Por ejemplo, el problema de si los gobernantes deben faltar a la verdad u ocultarla en aras del interés general en determinadas situaciones. Por otro lado, existen diferencias entre países en el grado de tolerancia hacia la mentira política, y los países mediterráneos posiblemente se lleven la palma en este ámbito.

Otra peculiaridad es que los políticos tienden a cometer más mentiras de ocultación que de falsificación. En el primer caso, se entiende que parte de su oficio es administrar la información y darla a conocer sólo cuando y a quien les interese. En el segundo, fabricar una mentira es arriesgado cuando uno se dirige a una audiencia muy amplia: siempre puede haber alguien que compruebe los datos, que haga averiguaciones y que descubra el engaño. Es una situación parecida a la de los periodistas. Si al final todo se descubre pueden perder la confianza de sus votantes y seguidores.

La mentira en los políticos se agrava por dos razones: los medios que poseen a su alcance y ser objeto de atención continua, y la necesidad de seducir, para lo que deben mantener una imagen y, por lo tanto, a largo plazo ocultar algo. En este sentido, hemos visto el intento de presentar a Sarkozy derribando el muro de Berlín en 1989.

La mentira política puede alcanzar dimensiones planetarias, recuerden el caso de las armas de destrucción masiva en Irak, o el más reciente de Grecia falseando sus cuentas ante el mundo financiero internacional. Y como hay mucho en juego, no es extraño que las grandes innovaciones en el mundo de la mentira se estén produciendo en la comunicación política e institucional.

En los últimos años se ha dado un cambio importante en la comunicación política, que ya no está controlada sólo por periodistas, sino también por lingüistas, publicitarios y personas procedentes del mundo del espectáculo. Conceptos como el de “marco” del lingüista Lakoff o el de “script” o narrativa se utilizan ampliamente y han pasado a constituir el utillaje de los asesores en este ámbito. La manipulación del lenguaje se ha convertido en una función institucional. Los términos, las frases y las narrativas del discurso político se construyen cada vez más pensando en la ocultación de la verdad y en su uso instrumental. El lenguaje ya no es un instrumento para transmitir,

intercambiar y contrastar ideas, sino más bien para disimularlas, suscitar emociones, provocar afecto positivo hacia el bando propio y rechazo hacia el del adversario. Lo importante es esconder o envolver los mensajes para hacerlos más atractivos y persuadir mejor.

Evitar caer en el marco lingüístico establecido por el contrario es lo que ha llevado, por ejemplo a evitar pronunciar la palabra “crisis” durante meses a miembros del gobierno, o como se ha escuchado recientemente, el desmentido de una subida anunciada de impuestos (que sí se va a producir) se realizaba con esta frase: “No habrá subida de impuestos...pero sí pequeños ajustes para favorecer la equidad...pero sin ánimo recaudatorio”. Este empeño verbal recuerda al diálogo de payasos, entre Arlequín el listo y Augusto el tonto. Arlequín representa a los dueños de las palabras, quienes conocen el nombre de las cosas. Corrige a Augusto continuamente e intenta instruirle y aprovecharse de él. Al final es Augusto, el torpe, quien gana la partida. Cuando se descubre al embaucador, su credibilidad se pierde.

El script o narrativa es una historia o relato construida para explicar un hecho o una idea. Se construye una historia que pretende convencer y dejar bien al autor: Cuál ha sido el origen de la crisis económica, por ejemplo. Las autobiografías justificativas, las más de las veces ajustes de cuentas, son ejemplos de narrativas a lo grande.

Negocios

Pensábamos que los casos de Forum Filatélico y AFINSA podrían servir para poner punto final a las grandes estafas en España (también pensábamos lo mismo después de Gescartera y de AVA). Pues también cerca de la política y en el ámbito de las finanzas destacan dos personas que se hicieron tristemente famosas y son dignos continuadores de la saga de grandes estafadores: Bernard Madoff, y Félix Millet. Bernard Madoff, es perfectamente equiparable a nuestra Baldomera de Larra, hija del insigne periodista, y a los clásicos estafadores Ponzi y Kreuger, si bien “Bernie” Madoff presenta algunos tintes de genialidad propios del pseudoaristócrata Víctor Lustig, un auténtico artista del timo.

Madoff estafó más de 65.000 millones de dólares a unos 5.000 clientes, entre los que se cuentan su propia familia, ricos y famosos de todo el mundo e instituciones benéficas judías. Entre los estafados se encuentran también reputados banqueros, algunos de la tradicional banca suiza, y otros españoles como varios miembros de la familia Botín. También cayeron en sus redes pequeños inversores cuyos ahorros juntaban los intermediarios en grandes “paquetes” que se entregaban a Madoff. Asesores, a quienes sus clientes pagaban por un consejo derivado de la experiencia y del análisis de los mercados, reducían su “savoir faire” a prometer generosos dividendos y depositar los fondos en manos de Bernie y sus colaboradores. Dentro del más puro estilo de estafa piramidal el truhán pagaba los intereses de los clientes antiguos con el dinero fresco de los nuevos.

Otra peculiaridad de Madoff, y común a muchos estafadores, es la de revestirse de una aureola de respetabilidad. Buena parte de esta buena reputación se la había labrado a través de sus actividades filantrópicas, especialmente entre la comunidad judía lo que le proporcionaba, además, buenos contactos. Como muchos psicópatas, poseía encanto personal y era discreto y elegante. Cultivaba las relaciones sociales de alto nivel, especialmente entre la élite financiera.

No hay estafador sin un “primo” que se deje tentar por una ganancia segura elevada y se deje arrastrar por las apariencias. Bernie no sólo dominaba la mecánica del mercado, sino también la de la mente del inversor. Para suscitar la codicia ofrecía rentabilidades anuales de entre el 8 y el 12%. Utilizaba un truco parecido al del famoso estafador Víctor Lustig: hacerse de rogar. Un cualquiera no podía ser cliente suyo. Hacía falta para ello tener mucho dinero y el financiero judío se reservaba el derecho de elegir a sus clientes: es la vieja táctica de crear distancia para despertar el interés, se hacía creer que al captar su dinero, el cliente pasaba a pertenecer a un club selecto y distinguido.

El fraude en la élite es más difícil de descubrir. Los expertos y directivos son los que mejor conocen el sistema, especialmente las medidas de seguridad, a lo que se une que en los niveles altos de responsabilidad los controles son menos estrictos. Hay confianza y está mal visto desconfiar. En la mayoría de las ocasiones son personas de dentro de la trama que organiza la estafa quienes realizan la denuncia y disparan las

alarmas. Un buen ejemplo es el caso de Félix Millet, destacado miembro de la burguesía catalana y persona completamente desconocida en el resto de España hasta que se descubrió una estafa que asciende de momento a más de treinta millones de euros. Protegido como Madoff por sus contactos, su reputación, y sus influencias, Millet ha protagonizado uno de los escándalos más sonados de fraude y corrupción en nuestro país, en el que se unen la política, la cultura, las finanzas y la filantropía.

Millet se aprovechó de su posición y sus contactos. Pertenecía a la alta burguesía catalana, unas cien familias, cuatrocientas personas en total, que se conocen muy bien entre ellas y que aparentemente controlan la vida social, y parte de la económica de Barcelona y Cataluña. Nombrado en 1978 director del emblemático Palau de la Música, Millet era alguien fuera de toda sospecha. Ocupaba cargos en numerosas entidades, incluyendo la presidencia de la aseguradora “Agrupació Mutua”. Durante años cometió irregularidades, desfalcos y desviaciones de fondos del Palau hacia fines privados por valor de unos 35 millones de euros.

Periodismo

El mundo del periodismo también ha aportado su cuota de grandes sinvergüenzas. Destaca Wallace Souza, periodista brasileño, político, diputado por el partido liberal en el parlamento del estado de Amazonas. Ex policía y ex militar, Souza era presentador de un programa de televisión en la emisora Canal Livre, líder en audiencia encasillable en lo que se llama “telerrealidad”. Souza fue detenido y acusado de liderar una peligrosa banda de delincuentes involucrados en el tráfico de drogas, entre cuyas fechorías se encuentran varios asesinatos de competidores. Al parecer, ordenaba y organizaba los crímenes de sus rivales en el tráfico de drogas para transmitirlos casi en directo en su programa. A menudo las cámaras llegaban a la escena del crimen antes que la propia policía. Para estupefacción de los agentes, Souza “resolvía” algunos de los casos que difundía. Este pluriempleado periodista falleció hace unas semanas.

No es lejano este *modus operandi*, si no en la sustancia sí en el procedimiento, a la “telebasura” española. Dejando aparte la gravedad de los crímenes, el hecho de que un periodista organice, escriba el libreto o apoye que dos personas se pongan de acuerdo para que una acuse a la otra de algo impropio, se enfaden y finalmente se reconcilien

para pasearse por los platós y repartirse las ganancias es también fabricar noticias. El periodismo entendido como entretenimiento, y la resultante banalización de la información, continúa aportando sus dosis de engaños.

Más recientemente, un periodista italiano, Tommaso Debenedetti, se ha revelado como un gran inventor de nada menos que 79 entrevistas a famosos escritores y a otras celebridades, desde Lech Walesa hasta Mijail Gorbachov. Debenedetti cae por derecho propio en el campo de los fabuladores: le echa cara al asunto, se divertía haciéndolo, y además lo justifica. No lo hace por dinero, sino por la notoriedad, por el placer de conseguir engañar a muchas personas, más inteligentes que él. Da la cara y se reinventa a sí mismo: “creo que he inventado un género literario nuevo”.

A nivel general, los medios de comunicación están dominados por intereses económicos, pero cargados de mensajes ideológicos. La reclamación de que un periódico es independiente es cierta en el sentido de que no está controlado directamente por el gobierno. Pero los medios no son ajenos a la lucha por el poder ni neutrales, y debido a sus necesidades de financiación y de fuentes de información directa, no les queda más remedio que la adscripción ideológica. Pero como todo está ideologizado, muchos lectores desean que aparezca en los medios lo que quieren leer. En consecuencia, noticias, titulares y opiniones se presentan de modo efectista, emocional, conmovedor, favorables a la causa que apoyan y críticos o despiadados con los adversarios.

Fraude Científico

El mundo de la ciencia tampoco queda libre de esta ola de fraudes. El más reciente afecta al Dr. Marc Hauser de la Universidad de Harvard, a quien se acusa de falsear datos en ocho ocasiones, afectando a tres publicaciones. Un artículo publicado el año pasado en la revista *Science* en octubre de 2009 desencadenó una ola de sospechas sobre un grupo de investigadores españoles. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas y organismos de otros países estudian el caso.

La retirada de artículos científicos por sospechas de fraude, irregularidades o anomalías en su metodología es incesante. Las retractaciones por fraude afectan a prestigiosos investigadores, engañados por sus colaboradores, como el Dr Savio Woo de la Mount Sinai School of Medicine, o la Dra. Linda Buck, Premio Nobel de Fisiología o Medicina quien ha retirado un artículo publicado en *Science* en 2006. Otra variedad del fraude, como la autoría falsa de artículos redactados por indicación de las compañías farmacéuticas (como en el caso de la terapia hormonal sustitutiva) ha salido a la luz después de intensas y prolongadas actuaciones judiciales.

Las encuestas muestran que el fraude y la mala conducta de los científicos en sus variadas manifestaciones (plagio, manipulación o mal manejo de datos) son relativamente frecuentes. Como en otros ámbitos, las malas conductas aumentan cuando la probabilidad de detección es menor y suelen ser los colegas del autor quienes más fácil y rápidamente las descubren.

Contamos Contigo

En el mundo del deporte, la evidencia de resultados amañados es creciente: fútbol, sumo, críquet, tenis, baseball, baloncesto y de alcance global. Cuando hay mucho dinero en apuestas, o muchos intereses en juego, hay una alta probabilidad de que se produzca fraude. Los indicios más que suficientes de compra de partidos de fútbol en la última temporada (2009-2010) no han causado ninguna sorpresa ni han merecido una investigación seria. En el ciclismo continúa con las recientes acusaciones contra Alberto Contador, ganador del Tour. Lance Armstrong, siete veces ganador del Tour, también ha sido acusado recientemente de dopaje por Floyd Landis.

Un factor importante de los grandes engaños –no hay consecuencias- se cumple al dedillo en el deporte. La inacción de las autoridades deportivas y judiciales es pasmosa.

¿Qué se puede hacer?

En conclusión, este *Libro de Arena* seguirá escribiéndose inevitablemente durante generaciones. Admítase como una especie de ley cósmica de la sociedad humana tan inmutable como las de la física. Siempre habrá incentivos, y si alguien piensa que puede acceder a ellos, sin que se enteren los demás y sin que las consecuencias sean graves, utilizará tanto medios legítimos como ilegítimos.

Una de las razones es la credulidad, basada en la necesidad de confiar en los demás. Precisamente, una de las cosas que se puede hacer para prevenir y paliar los efectos de las grandes mentiras es mostrar una sana desconfianza. Saber que todo lo que se ve o escucha no es verdad, previene contra el engaño. Ayuda también diversificar las fuentes de información y contrastar hechos y opiniones.

Suele apuntarse a tres grandes fuerzas que pueden explicar, y en consecuencia servir para atenuar o eliminar las grandes mentiras: la educación, la crisis de valores y la transparencia en la vida política y empresarial. Creo que ninguna de las tres aporta por sí misma una solución.

Se tiende a pensar que la educación es la solución de todo y para todo. Lo primero que hay que decir es que las grandes estafas y los grandes engaños afectan, como autores y como víctimas, a muchas personas bien formadas y preparadas. Buena parte de la población es sensible a la instrucción y la formación. Pero también influyen los ejemplos o modelos a los que se está expuesto: amigos, compañeros de trabajo, familia, líderes de opinión, personajes públicos, directamente o a través de la prensa, radio, televisión o Internet. Según Levitt y Dubner (*Superfreakonomics*, Penguin, 2009) las personas se mueven más por incentivo (premios, penalizaciones) que por otros motivos. Es muy difícil cambiar la conducta de las personas. La información de la que disponen es un factor a tener en cuenta, pero no es siempre decisiva.

Acercas de qué es una crisis de valores, cuántos de ellos se han perdido y cuántos se han ganado, creo que sobran escritos casi en la misma medida en la que faltan sanciones contra los mentirosos. Las personas deberían percibir que una mala acción causa un perjuicio y ser conscientes del coste que tiene su realización. Si no hay castigo

para el gran mentiroso, las grandes mentiras seguirán apareciendo. Por último, la transparencia total es imposible tanto en la vida empresarial como en la política.

La mejor protección de la gran mentira es una sociedad plural, con instituciones y mecanismos (prensa, partidos políticos, asociaciones profesionales y empresariales, sindicatos, universidades, centros de investigación) que actúen como contrapoderes. Una sociedad debe estar atenta en general a lo que ocurre, pero muy vigilante en ámbitos concretos de grandes repercusiones públicas (políticas, finanzas, sanidad), en los que la detección, la denuncia y las sanciones deben ser más intensas.

En sí mismo el descubrimiento y la denuncia de la impostura ya es un éxito, ya que la persecución legal y la condena judicial suelen ser muy lentas y de efectos reparadores hacia las víctimas más bien escasos. El mero hecho de la difusión del engaño y de quién es el autor ya sirve para destruir la credibilidad de éste último. Sin embargo, uno de los principales escollos en este empeño es la fuerte imbricación del mundo político, empresarial y de los medios de comunicación. Los intereses cruzados impiden, e impedirán, en ocasiones descubrir grandes engaños.

Muchas veces será necesaria la delación, y es importante cómo sea tratada ésta. En ciencia es corriente que la delación o denuncia directa provenga de los colaboradores del tramposo, quienes a veces son jóvenes que arriesgan su carrera profesional. Esto es lo que ha sucedido con el Dr. Marc Hauser en Harvard. Si no hay mecanismos para investigar lo que parece que va mal, es probable que muchas grandes mentiras queden impunes.

No podremos acabar con ellas, pero seguiremos siendo asaltados por las noticias acerca del descubrimiento de grandes mentiras y de sus autores. Los aficionados a ello, lo relataremos y buscaremos formas de prevenirlas y atenuar sus efectos.

“ENGAÑO Y DESEABILIDAD SOCIAL”

Prof.^a Dra. María de la Villa Moral Jiménez
Facultad de Psicología. Área de Psicología Social
Universidad de Oviedo

Somos *seres relacionales*, de modo que semejante aseveración entronca directamente con la condición de *animal social* (Aronson, 1990) que nos define. Dada la naturaleza psicosociológica y socioconstruida de lo humano, todos sentimos la necesidad de recurrir al engaño para con uno mismo (negación, autoengaño, mixtificación) y hacia los demás (con modalidades como manejo de impresiones, sesgos y procesos atribucionales, deseabilidad social, etc.). La “mentira”, en el sentido laxo del término, es interpretada como algo en buena medida adaptativo, útil y necesario en nuestro mundo socioafectivo y relacional. Realidad y verdad, verdad y realidad se aperciben desde una perspectiva particular mediante la que se (re)interpretan las circunstancias coadyuvantes. En este sentido, nuestro posicionamiento entronca directamente con la adopción de un enfoque dramático en Relaciones Humanas, expuesto de manera magistral por Erving Goffman (1970, 1979, 1981), según el cual todos somos actores/actrices sociales que representamos uno o varios roles en el teatro de la vida cotidiana. Según la metáfora del *Theatrum Mundi* desde una perspectiva dialógica (véase Moral, 2010) se hace referencia alegóricamente a la concepción del mundo como teatro (representación), siendo la presentación del individuo en la escena social el teatro dentro del teatro de la vida, concibiéndose ésta -conviniendo con el ensayista inglés William Hazlitt-, como *el arte de ser bien engañados*. Así, el *espejo social* habitualmente sólo refleja el modo en que creemos que nos ven los demás y la manera en que se espera que debamos comportarnos en cada entrada y salida al *escenario social* en el que la (re)presentación de cada uno ante los demás se dramatiza según la asunción de ciertas convenciones en diversos rituales de interacción.

A nivel relacional, se está creando una sociedad de estilos vitales y afectivos interdependientes como dinámica de ser mutuamente responsable en una comunidad social (Ausín y Aramayo, 2008), junto a la proliferación de exacerbados individualismos ante el desencanto de la modernidad y otras crisis colectivas (Giddens, 2000; Myers, 2000, 2004; Ritzer, 2000, 2006) y solipsismos varios (Ayala, 2003). El

contexto social y cultural define lo simbólico y como proceso constitutivo influye en la definición de nuestras identidades personales y grupales ante los demás. Baste recordar a este respecto que la propia complejidad de las relaciones humanas se fundamenta en parte sobre el propio dilema individuo-sociedad. En nuestra presentación ante los otros en la vida cotidiana -a modo goffmaniano- todos tenemos/ejercemos un *quantum* de engaño a sabiendas de que ello es socialmente aceptable, de modo que incluso una suerte de sinceridad “desnuda” es interpretada como dañina e irreverente (aun cuando convencionalmente sea demandada como lo deseable), considerándose fuera de la norma socio-relacional. Esto es interpretado como si el actor neófito no dominara su papel social donde el engaño (manejo de impresiones) es una arte en el proceso de presentación del sí mismo. En la escena social la identidad personal de los actores se construye por negociación con diversas alteridades, de manera que deriva de una identidad socializada construida *desde y por* las relaciones sociales. Actor y público se (re)convierten ambos en personajes en escena en tiempos, espacios, textos, ensayos, gestualidades, etc., cómplices. La actuación final (des)vela, al mismo tiempo que descubre, por su ajustada representación, los ensayos previos al manejo de la representación. Abundan las mentiras embarazosas y las verdades útiles. E incluso está muy extendida la tendencia a ofrecer coartada al engaño de los otros, cooperamos con la gente que nos miente porque queremos creerles. En este sentido, generalmente se impone la “realidad” de las apariencias psicosociales representadas, que son reales en sus efectos, sobre lo (supuestamente) *real*.

Descrito lo anterior, nuestro objeto específico de estudio es la aplicación del enfoque dramaturgico a la relación experimentador-sujeto experimental (que opera de modo similar a la relación terapeuta-paciente o profesor-alumno, entre otras) y a ciertos fenómenos de expectativas, con especial énfasis en el estudio de la *deseabilidad social* descrita como tendencia intencional a describirse a uno mismo de modo positivo según ciertas convenciones, así como en el análisis de las presiones sociales y normativas que la determinan. Este constructo consta, de acuerdo con la perspectiva bidimensional de Paulhus (1984, 2002), de dos componentes: el manejo de impresiones (impression management) y el autoengaño (self-deception), de los cuales nos centraremos en el primero. Por un lado, se aludirá a las *mentiras del Individuo* como complejo psico-socio-cultural multideterminado, enfatizando la naturaleza socioconstruida de su presentación ante los otros en contextos organizacionales, así como de sus respuestas

(testimonios, grados de instrucción, aptitudes, etc.) en los tests psicométricos y proyectivos de acuerdo con ciertas tipificaciones y normatividades y en otros ensayos en condiciones experimentales bajo los efectos de bata blanca y sus retroalimentaciones. Por otro lado, las *mentiras de la Ciencia* (véase Agin, 2009; Di Trocchio, 1999) también serán objeto de análisis y reflexión. Sostenemos que los científicos nos han engañado desde siempre (efectos del experimentador, falseamiento de resultados de investigaciones, irregularidades intencionadas en los procedimientos de experimentación, etc.), ya sea con la idea de defender con datos experimentales un corpus teórico, unas tesis e hipótesis (mentiras socialmente legitimadas, aunque sea implícitamente) o con otros intereses personales extracientíficos (mentiras reprobadas por la propia comunidad científica y por los ciudadanos de a pie).

En esencia, se ofrece una discusión crítica comprehensiva sobre la relación dramática (Goffman, 1970, 1979, 1981) *experimentador-sujeto experimental*, así como acerca de los engaños, expectativas, deseabilidades, artefactos, simulaciones, rituales, etc., que unos y otros representan en esencia como seres subjetivos socialmente condicionados que son en interacción con los demás, donde la asepsia es puesta en cuestión y donde lo humano entra en interacción con lo humano.

Referencias Bibliográficas

- Agin, D. (2009). *Las mentiras de la ciencia. Fraudes, manipulaciones y falsas creencias científicas*. Barcelona: Ediciones RobinBook.
- Aronson, E. (1990, or. 1975). *El animal social. Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Alianza Universidad.
- Ayala, H.J. (2003). *Solipsismo y mundo externo en la filosofía de GW Leibniz*. Valencia: Universidad Politécnica de Valencia.
- Ausín, T. y Aramayo, R.R. (Comps.) (2008). *Interdependencia Del bienestar a la dignidad*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Di Trocchio, F. (1999). *Las mentiras de la Ciencia ¿Por qué y cómo nos engañan los científicos?* Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. El efecto de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Goffman, E. (1970, or. 1967). *Ritual de Interacción*. Buenos Aires: Tiempos Contemporáneos.
- Goffman, E. (1979, or. 1963). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goffman, E. (1981, or. 1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Moral, M.V. (2010). La (re)presentación de las identidades psicosociales en el teatro de la vida cotidiana (Theatrum Mundi). *Athenea Digital*, 17, 53-76.
- Myers, D.G. (2000). *The american paradox: Spiritual hunger in a age of plenty*. New Haven: Yale University Press.
- Myers, D.G. (2004). *Exploraciones en psicología Social*. Madrid: Mc-Graw Hill.
- Paulhus, D.L. (1984). Two-component models of socially desirable responding. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 598-609.
- Paulhus, D.L. (2002). Socially desirable responding: The evolution of a construct. En H.I. Braun y D.N. Jackson (Eds.). *Role of constructs in psychological and educational measurement* (pp 49-69). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Ritzer, G. (2000). *El encanto de un mundo desencantado*. Barcelona: Ariel.
- Ritzer, G. (2006). *La globalización de la nada*. Madrid: Popular.

EL PLACER DE MENTIR

JULIO LLAMAZARES

Escritor y periodista

Hace algún tiempo, una revista francesa hizo una encuesta entre los escritores más importantes del mundo. La pregunta para todos era única y la misma: ¿por qué escribe?.

Obviamente y como no podía ser de otra forma ante pregunta tan concreta y tan directa, las respuestas que se recibieron fueron de lo más variado. Hubo quien dijo que escribía para sobrevivir y quien aseguró que para pasar el rato, quien afirmó que para seducir y quien reconoció que por misantropía. De todas las respuestas de los escritores que aceptaron contestar aquella encuesta la que a mí más me impactó, no obstante, fue la de Stephen Vizinczey, el novelista y poeta húngaro (amén de dramaturgo y ensayista) quien se limitaba a decir lo siguiente: “Mire usted, yo no sé por qué escribo. Lo único que sé es que fui un gran mentiroso de niño y que todos los escritores que he conocido reconocen también lo mismo”.

Como el autor de *En brazos de la mujer madura* y como la mayoría de los escritores que también yo he conocido, tengo que reconocer que de niño fui un gran mentiroso y que siempre, antes incluso de conocer la opinión de Stephen Vizinczey, he tenido la sospecha de si escribir no será más, en el fondo, que una manera de poder seguir mintiendo después de la adolescencia sin tener que avergonzarnos ante las demás personas. ¿Pues qué es, sino contar mentiras, narrar historias imaginarias y sucesos y anécdotas inventados protagonizados por personajes que jamás han existido en la realidad?.

En todas las religiones, en todas las sociedades, en todas las épocas y las culturas, la mentira ha estado mal vista – e, incluso, en ocasiones, perseguida – y mentir se ha considerado un pecado, o por lo menos una acción indigna, salvo en tres casos concretos: el niño (a quien, sin embargo, no deja por ello de reprobársele su conducta),

el loco (al que su condición de enfermo le excusa de ser veraz en sus expresiones) y el novelista, a quien, curiosamente, se le respeta más cuanto más miente, puesto que su trabajo consiste, se entiende, en contar mentiras hermosas.

En el primero de los supuestos, que todos hemos vivido, ocurre seguramente que la mentira se considera justificada por la incapacidad del niño para poder discernir plenamente entre verdad y mentira. En el caso del loco es su enfermedad mental la que le sirve de justificación, puesto que la locura se basa precisamente en la confusión entre lo real y lo imaginario. Es en el caso del novelista donde resulta más difícil encontrar una razón a su aceptación social, y aún más a la admiración que despierta en muchos casos su figura, como no sean motivos de índole antropológica cuyas raíces habría que buscar en la noche más remota de los tiempos.

Cuando, en la espesura de la selva africana o en la cocina de cualquier casa europea, el contador de historias de la tribu o el abuelo que concita en torno suyo la atención de la familia y especialmente la de los niños, empiezan a contar cuentos, no están haciendo otra cosa, en el fondo, que resucitar un rito que se repite desde el principio mismo del universo. Del mismo modo, cuando un escritor se sienta ante su mesa y comienza a escribir una novela, lo que está haciendo es ejercer el oficio más viejo del mundo, que no es la prostitución, como normalmente se dice, sino el de contar mentiras. ¿O qué es la prostitución sino la conversión del sexo en una mentira?

¿Para qué sirven esas mentiras?. ¿Para qué sirven esas novelas que mucha gente lee o almacena en sus estantes y en las que muchos quemamos lo mejor de nuestras vidas?. Creo que para lo mismo que ya servían cuando andábamos aún a cuatro patas por este mundo: para soportar el miedo, para ahuyentar los fantasmas (o para convocarlos, depende de las personas), para entretener las noches y sobre todo, y en último término, para tratar de entender la vida. Una vida que, mientras tanto, sigue fluyendo sin que podamos hacer nada por pararla por más que la literatura se empeñe en ello.

Decía Valente a propósito de la poesía (esa novela sin argumento, del mismo modo en el que una novela no es más que un poema articulado con historias) que ésta es como una hoguera: en ella arden imágenes y palabras, metáforas y ritmos

que, cuando se consumen, se convierten en ceniza; después, pasa el viento (el tiempo en este caso) y se lleva esa ceniza y, al final, de todo ello lo único que queda en nuestra memoria es un débil poso gris y a veces imperceptible. Ese poso, decía Valente, es justamente la poesía.

Lo que Valente decía de la poesía es extensible a toda la literatura. Es más, creo que la metáfora (el poema como hoguera) se entiende mucho mejor en el terreno de la novela, puesto que en ésta los materiales de combustión que se queman para provocar en el corazón del lector el fuego blanco de la literatura (Eiichi Kimura *dixit*) son mucho más variados y abundantes: aparte de las imágenes, de las palabras y de los ritmos, en las novelas arden también personajes y sobre todo, y especialmente, las historias con que éstos cobran vida. Historias que olvidamos poco a poco, como las imágenes de la poesía, y que con el paso del tiempo se convierten en ceniza, primero, y, más tarde, en ese poso José Angel Valente identificaba con la poesía.

Tenía razón José Angel Valente. Una novela, como un cuadro o una película, no es otra cosa, al final, que el poso, la sensación que nos queda de ella cuando ya hemos olvidado sus historias. Por ejemplo, *El Jarama* o *Casablanca*, por poner uno de una novela y otro de una película, cuentan historias, intercalan anécdotas y personajes, nos mantienen pendientes durante horas de lo que a éstos les sucede a lo largo de la novela y de la película (una excursión dominguera con final inesperado y trágico en la primera y un amor fou sobre el telón de fondo de la Guerra Mundial en la segunda), pero lo que de verdad Rafael Sánchez Ferlosio - el celebrado autor de *El Jarama* - y Michael Curtiz – el de *Casablanca* – querían “contarnos” con ellas no es ni más ni menos que esa sensación lejana que de sus argumentos nos queda cuando hemos olvidado sus detalles; es decir, cuando hemos olvidado sus mentiras. Una sensación lejana, desolada en una, nostálgica en otra, melancólica y épica en ambas, que permanece en nuestro recuerdo y que ni siquiera el tiempo podrá borrar de nuestra memoria porque ya ha pasado a formar parte de nosotros. Quiero decir: que, después de haber leído ciertas novelas, como determinadas películas (o determinados cuadros, o fotografías), ninguno de nosotros somos ya exactamente los mismos.

Esta afirmación choca de frente, lo sé, con la idea que de una novela tiene la mayoría de las personas. Tengo la constatación de que de mis novelas lo único que de

verdad les importa a muchos de sus lectores son precisamente las anécdotas, o sea, las mentiras, como me lo demuestran los comentarios que de aquéllas recibo de vez de cuando y la experiencia de haber sido abordado en más de una ocasión, como imagino les pasará también a otros escritores, por personas que, después de presentarse – o sin presentación ninguna -, me miran de arriba abajo y me espetan a bocajarro en cuanto bajo la guardia: “Le voy a contar mi vida y va a escribir usted con ella una novela cojonuda”.

En tales situaciones, suelo armarme de paciencia y explicarle a mi interlocutor aunque sé que no me servirá de nada que una novela no es su argumento, sino su punto de vista, que lo de menos es lo que cuenta y lo de más cómo lo cuenta y que lo importante en ella, en fin, no es el tema, sino el estilo y la construcción, salvo que aquél se tan pesado, o esté tan orgulloso de su vida, que lo que hago es dejar que me la cuente o, en casos desesperados, decir que, si quiere, le cuento yo mi vida y escribe él la novela, reconociéndole, por supuesto, que seguramente no sea tan apasionante y rica como la suya.

La anécdota, aparte de la broma, responde a la creencia popular de que escribir una novela consiste simplemente en sentarse ante un papel y componer rompecabezas lo más enrevesados posible. Mucha gente se imagina al novelista como a un químico o, mejor, como a un cocinero que mezcla en sus fogones una serie de ingredientes de manera caprichosa y buscando en todo caso la sorpresa del lector. Piensan que mientras más intrincado y complejo es su argumento más calidad encierra y en esa concepción nada mejor, claro es, para escribirla es basarse en una historia turbulenta o, por lo menos, emocionante.

Tal creencia es el producto de una errónea comprensión de la novela como género literario cuyo objetivo último es el de entretener, sin ninguna otra intención. A esa opinión contribuyen, por una parte, la desenfocada lectura que se hace normalmente de la novela tradicional, es decir, la anterior a las vanguardias, ignorando que en ella el argumento tiene siempre una intención moral, o por lo menos demostrativa, y, por otro, el lenguaje de la televisión, que desde hace ya varias décadas ha suplantado a las novelas como forma de entretenimiento entre la mayoría de la población y que se basa precisamente en la complejidad y en la rapidez de los argumentos, sin mayor pretensión de trascenderlos. Doble influencia, por tanto, lectora y televisiva, que ha llevado a pensar a mucha gente que novela es solamente narración o, lo que es lo mismo, mentira.

El problema se plantea cuando una novela no cuenta nada o cuando su argumento se puede resumir en pocas frases. *El Jarama*, por ejemplo, por seguir con la novela ya citada, ¿qué es lo que cuenta?. Sencillamente, la excursión de unos jóvenes madrileños, en los años cincuenta, al río Jarama para pasar una jornada de domingo. Ocurren, sí, algunas anécdotas, la más importante de las cuales, ya al final de la novela, es la muerte de una de las chicas y el regreso de sus amigos a la ciudad discutiendo cuál de ellos debe ir a darle la noticia a la familia de la chica. Ese es, en síntesis, el argumento, la trama de *El Jarama*. Pero la novela es, por supuesto, mucho más: la belleza de las descripciones, la fuerza de los diálogos, el retrato de una sociedad y de una época a través de los jóvenes excursionistas y de las gentes que habitan en las riberas del río y, sobre todo y fundamentalmente, el moroso fatalismo que estallará cuando la chica se ahogue, pero que impregna y articula el libro entero a través de la metáfora del río. Un río que ya existía antes de que ellos nacieran y que seguirá fluyendo igual que hacía cuando llegaron cuando los jóvenes se alejen de él y la novela de Ferlosio se termine.

¿Por qué tanta descripción?. ¿Por qué tanta morosidad?. ¿Por qué tanto diálogo intrascendente y tantas páginas sin que suceda nada digno de ser contado en ningún periódico cuando su autor podía haber llenado la novela, pues imaginación le sobra, de sucesos y de historias con más fuerza novelesca?. Sencillamente porque lo que Ferlosio quería contarnos con *El Jarama* – sospecho yo – era el vacío de aquella España de la posguerra y para ello nada mejor que escribir una novela vacía. Quiero decir: maravillosamente vacía.

Los ejemplos al respecto sería infinitos. Recuerdo ahora a vuelapluma *Muerte de un apicultor*, el *Ulises* de Joyce o a *La busca del tiempo perdido* entre las novelas más importantes del siglo XX y que tienen en común la insignificancia de sus argumentos, al menos en apariencia. Aunque también, es verdad, en el extremo contrario, los ejemplos serían mucho. Lo cual viene a demostrar, no que el argumento sobra o que no tiene importancia, sino que viene determinado por la novela y por lo que a través de ella quiere contarnos el novelista. Y, como esa intención no es siempre la misma, a veces pasa que una vida apasionante no le sirve para nada, e incluso estorba a su pretensión, mal que le pese al protagonista de aquélla.

Seguramente, todo lo dicho hasta ahora se entiende mucho mejor en el terreno de la pintura. Quiero decir que ese poso suave y gris en el que, según Valente, consiste la poesía (y, añadido yo, la literatura) se advierte mucho mejor asomándonos a un cuadro que leyendo una novela, sea cual sea su concepción.

Dejando a un lado la pintura abstracta, en la que el poso es precisamente lo que tenemos ante la vista (aunque quizá también esto es discutible), y centrándonos en la figurativa, cabe tomar un ejemplo y preguntarnos qué es lo que de verdad nos conmueve de un cuadro o, ¿por qué no?, lo que nos deja impasibles.

Monet, por ejemplo, ¿qué es lo que pinta?. Normalmente paisajes (estanques, árboles, puentes, jardines, casas de campo), incluso a veces los mismos. Esos son los *argumentos* de sus cuadros, las anécdotas. Y, sin embargo, en su caso, nos emocionan y nos conmueven como la más apasionante novela o como la más terrible película.

¿Qué es lo que cambia? ¿Por qué en su caso sí y no en otros? ¿Por qué Monet elevó esos paisajes a la categoría de arte y otros pintores, pintando los mismos temas, no logran emocionarnos ni consiguen que sus cuadros se recuerden más de un día?. Lo que cambia, es evidente, es el estilo, la pincelada, el tratamiento de los colores y de las formas, la manera que Monet tiene de ver el mundo: esa forma de mirar que le distingue de los demás y que hace que, a través de ella, también nosotros veamos el mundo de otra de manera. Porque los argumentos pueden cambiar o, como en el caso de Monet, repetirse, pero el estilo no es gratuito, ni aleatorio, ni prescindible. Al contrario: es lo que de verdad importa y lo que convierte a alguien en universal. Y, si no, dejemos la pintura y sentémonos a escuchar música. ¿Qué es lo que cuenta Beethoven? ¿Cuáles son los argumentos, las *mentiras* de sus sinfonías?.

Pero no hay que confundirse. Tampoco puede llevarse la defensa del estilo hasta el extremo de dejar de lado, como en su día hicieron algunos escritores, la magia del relato creyendo que la novela era poesía. La novela necesita contar algo porque su vocación es ésa: contar y encantar contando, en palabras de Luis Mateo Díez, y, sobre todo, porque la palabra es más limitada que el color en la pintura o que la música. Como dice el británico Jhon Berger: “Si se pudiese dar nombre a todo lo que sucede, sobrarían

las historias; pero, tal y como son aquí las cosas, la vida suele superar a nuestro vocabulario. Falta una palabra y entonces hay que relatar una historia”.

En efecto, si con una palabra se pudiera contar todo, sobrarían las historias y los cuentos. Pero no es así. El hombre sabe que la palabra es limitada y entonces cuenta y cuenta para acabar diciendo lo que le gustaría decir con sólo una palabra. Cuenta mentiras, inventa historias y anécdotas, crea escenarios y personajes que le ayuden a expresar sus sentimientos y, cuando se da cuenta, se encuentra él mismo apresado en la fascinación de lo que está contando.

Nace, pues, la novela como parábola, como espiral de mentiras elevada poco a poco a la categoría de metáfora. Como dijo el periodista Joan Barril: “La verdad nunca es tan cierta como la mentira, pero la mentira sólo es buena cuando consigue ejemplificar la verdad. Es lo que sucede, por ejemplo, en el teatro, cuando una trama falsa provoca emociones verdaderas, o en el cine, cuando en la cámara oscura la imagen real da lugar a una imagen invertida pero más grande, una imagen que es mentira pero que sirve a la verdad”. Ocurre, sin embargo, como le pasa al niño y también seguramente al loco, que la fascinación que la mentira nos produce es tan intensa, tan hipnótica, que, al final, el novelista acaba olvidando si es verdad o mentira lo que cuenta y, sobre todo, le da igual lo que ello sea. Yo mismo, si recuerdo ahora mis novelas, no sabría decir ya si lo que pretendía hacer en *Luna de lobos* era reflexionar sobre el instinto de supervivencia o literaturizar las historias de *los del monte* (los huidos de la posguerra española) con las que me durmieron muchas noches en mi infancia, o si, en *La lluvia amarilla*, me importaba más hablar de la desaparición de un mundo o imaginar cómo vivirían los últimos *robinsones* de aquellos pueblos abandonados. Al final, quizá la explicación esté en la propia condición del escritor, ese naufrago sin isla que se pasa la vida escribiendo mensajes y lanzándolos al vacío con la lejana esperanza de que alguien llegue a leerlos; una esperanza que le permite seguir viviendo o, por lo menos, vivir más intensamente.

De acuerdo, dirá alguien, llegados a este punto: escribir es mentir. Pero, ¿por qué mentir?. ¿Por qué seguir escribiendo cuentos, por qué seguir contándonos mentiras unos a otros si, como mucho, al final, lo más que conseguiremos es que éstas acaben sobreviviéndonos?.

Obviamente, aquí la espiral se cierra. Hay quien dice que el novelista cuenta mentiras para contar a través de ellas la verdad (en palabras de Joan Barrill, “mientras que la verdad es el conocimiento, la mentira es la herramienta que nos permite llegar a conocer algo”). Otros sostienen, por el contrario, que, más que para contarla, lo hacen para soportarla ellos. Sea cual sea la razón y a estas alturas de mi vida y de mi obra, de lo que yo no tengo ya duda alguna es de que ese placer, el placer de narrar, el placer de mentir, el placer de ejercer el oficio más viejo del mundo, es el único que a mí me mueve cuando me pongo a escribir un cuento, una novela o un libro de viaje. Y, en cualquier caso, confieso que lo hago, lo mismo ahora que de niño, para tratar de engañar al tiempo, mi único, invencible, verdadero enemigo.

Fundación Instituto Spiral

www.institutospiral.com
info@fispiral.com

Telf.: 915 00 00 50
985 11 11 11

